

EL SANADOR HERIDO

Henri J. M. Nouwen

PPC

EL SANADOR HERIDO

Henri J. M. Nouwen

*Dedicado a
Colin y a
Phyllis Williams*

Título original: *The Wounded Healer: Ministry in Contemporary Society*. Publicado de acuerdo con Doubleday, una división de Bantam Doubleday Dell Publishing Group, Inc.

Traducción: Emilio Ortega

Diseño de cubierta: Estudio S.M.
Pablo Núñez

© 1971 Henri J. M. Nouwen
© PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
C/ Enrique Jardiel Poncela, 4
28016 - Madrid

ISBN: 84-288-1311-6

Depósito legal: M-9.381-1996

Fotocomposición: Grafilia, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta SM - Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

AGRADECIMIENTO

Son muchas las personas que han jugado un papel importante en el desarrollo de los diferentes capítulos de este libro. Aquellos a los que presenté alguna parte del manuscrito, después de haberlo leído, me ayudaron, sobre todo, a reorganizar y poner los títulos a las partes en que se divide.

Agradezco mucho a Steve Thomas y a Rufus Lusk por su apoyo importante en la redacción final del manuscrito. A Inday Day por su excelente trabajo como secretaria y a Elizabeth Bartelme por su competencia y ayuda editorial.

Muchos amigos me han hecho ver, durante el último año, que mi lenguaje era, en el fondo, machista. Tuve que darles la razón al ver con claridad que la tenían. Espero que las mujeres que me lean tengan un poco de paciencia si no he llegado a corregirme del todo. Y confío que también se sientan incluidas en los muchos «hombre» y «él». La próxima vez me saldrá todo mejor.

He dedidado este libro a Colin y Phyllis Williams, que con su hospitalidad y amistad me abrieron un auténtico espacio de libertad.

INTRODUCCIÓN

Las cuatro puertas abiertas

¿Qué significa ser ministro en nuestra sociedad? Esta pregunta viene siendo suscitada desde hace unos pocos años por hombres y mujeres que quieren servir, pero que se dan cuenta de que las vías más usuales, a las que estaban acostumbrados, se están desmoronando, y se sienten desprovistos de sus protecciones tradicionales.

Los siguientes capítulos son un intento de respuesta a esta pregunta. Pero, como dice Antonio Porchia: «... se me abre una puerta. Entro y me encuentro con cien cerradas» *. Cualquier teoría o intuición que me sugiere una respuesta, me lleva a muchas preguntas nuevas que se quedan sin respuesta. Pero al menos quiere alertar contra la tentación de no traspasar puerta alguna por miedo a enfrentarse con las que están cerradas. Esto explica la estructura de este libro. Los cuatro capítulos pueden ser vistos como cuatro puertas distintas a través de las cuales he intentado meterme de lleno en los problemas del ministerio en nuestro mundo moderno. La primera puerta

(*) *Voices*, Chicago, 1969.

representa la condición de un mundo sufriente (Capítulo I); la segunda, la condición de una generación que sufre (Capítulo II); la tercera, la condición del hombre que sufre (Capítulo III) y la cuarta, la condición del ministro que sufre (Capítulo IV). La unidad de este libro se apoya más en el intento tenaz de responder a los ministros que se preguntan sobre su importancia y eficacia que en un tema único y una argumentación de tipo teológico completa y documentada. Quizá las experiencias fragmentadas de nuestra vida, combinadas con nuestro sentido de urgencia, no nos permiten elaborar un «manual para los ministros». Sin embargo, en medio de tanta fragmentación, surge lentamente la imagen de un hombre herido que cura. Es la última que se nos ocurre. Después de tantos intentos de articular de forma coherente las dificultades del hombre moderno, vemos que es de la máxima importancia hacer lo mismo con las dificultades del ministro. Porque éste está llamado a reconocer los sufrimientos de su tiempo en su propio corazón, y a hacer de este conocimiento el punto de partida de su servicio. Tanto si intenta penetrar en este mundo, relacionarse con una generación convulsa o hablar a un hombre a punto de morir, su servicio nunca será percibido como auténtico, si no procede de un corazón herido por el mismo sufrimiento del que habla.

Nada puede escribirse sobre el ministerio sin una profunda comprensión de las formas en las que el ministro puede convertir sus propias heridas en fuente de curación. Por eso este libro lleva el título de *El sanador herido*.

New Haven, Connecticut

EL MINISTERIO EN UN MUNDO DESESTRUCTURADO

La búsqueda del hombre de la era atómica

Introducción

De vez en cuando, un hombre entra en tu vida. Por su apariencia, su conducta y sus palabras te hace vivir interiormente de forma dramática la condición del hombre moderno. Algo así fue Peter para mí. Vino a pedirme que le ayudara, pero al mismo tiempo me posibilitó una nueva comprensión de mi propio mundo. Peter tiene veintiséis años. Su cuerpo es frágil. Su cara, enmarcada por una larga cabellera rubia, es delgada, con la palidez característica del hombre que vive en la ciudad. Sus ojos son tiernos y emanan el anhelo de algo que le llena de melancolía. Sus labios son sensuales y su sonrisa evoca una atmósfera de intimidad. Cuando saluda con un apretón de manos, rompe con todo convencionalismo y afirma su presencia corporal. Cuando habla, su voz tiene tonalidades que obligan a escucharle con atención.

A medida que hablamos, vemos claramente que Peter siente cómo muchas de las líneas maestras que estructuran su vida son cada vez más vagas. Parece que ha perdido el control sobre su propia existencia, una existencia determinada por muchos factores, unos conocidos y otros misteriosos, del medio que le rodea. La distinción clara entre él y su medio ha desaparecido, y percibe claramente que sus ideas y sentimientos no son realmente suyos. Los nota como impuestos. A veces se pregunta «qué es lo real y qué es fruto de la fantasía». A menudo tiene la extraña sensación de que entran en su cabeza pequeños demonios y crean una confusión de ansiedad y dolor. Tampoco sabe en quién confiar y en quién no, y qué hacer o no, por qué decir sí a uno y a otro no. La

mayoría de las distinciones entre lo bueno y lo malo, lo feo y lo bello, están perdiendo sentido para él. Incluso ante las sugerencias más extrañas se dice a sí mismo: «¿Por qué no? ¿Por qué no intentar algo que nunca he probado? ¿Por qué no tener una nueva experiencia, buena o mala?».

En la ausencia de unos límites claros entre él y su medio, entre la fantasía y la realidad, entre qué hacer y qué no hacer, Peter parece haberse convertido en un prisionero del ahora, cogido en el presente al estar desconectado del pasado y del futuro. Cuando llega a su casa, siente que entra en un mundo que le es extraño. Las palabras que emplean sus padres le suenan como si procedieran de otro mundo, como si hablaran otro lenguaje y tuvieran un talante muy distinto. Cuando mira al futuro, lo ve todo como una nube oscura, impenetrable. No encuentra respuestas a las preguntas de por qué vive y hacia dónde va. Peter no hace nada por conseguir aquello que desea con toda el alma. Tampoco espera que vaya a suceder algo grande o importante. Mira al vacío y está seguro solamente de una cosa: si hay algo que vale la pena en la vida, debe darse aquí y ahora.

No pinto este retrato de Peter para mostraros a un hombre enfermo que necesite la ayuda de algún psiquiatra. No, pienso que la situación de Peter es, en muchos aspectos, algo típico de la condición de los hombres y mujeres de hoy. Quizá Peter necesite ayuda, pero sus experiencias y sentimientos no pueden ser entendidos en términos de psicopatología individual. Son parte del contexto histórico en el que todos vivimos, que también comprobamos en las experiencias de nuestra propia vida. Lo que vemos en Peter es una penosa expresión de la situación de lo que llamo «el hombre de la era atómica».

En este capítulo me gustaría llegar a una comprensión más profunda de la angustia que experimentan muchos hombres y mujeres, algo parecido a lo que le sucede a Peter. Y espero descubrir en medio de nuestra realidad presente nuevas vías de liberación y libertad.

Dividiré este capítulo en dos partes: la difícil situación del hombre de la era atómica y el camino hacia su liberación.

A) LA DIFÍCIL SITUACIÓN DEL HOMBRE DE LA ERA ATÓMICA

El hombre de la era atómica ha perdido la fe ingenua en las posibilidades de la técnica y es consciente de que los mismos poderes que dan al hombre la posibilidad de crear nuevos estilos de vida también conllevan la posibilidad de la autodestrucción.

Os voy a contar un antiguo cuento de la India, que puede ayudaros a captar la situación del hombre de la era atómica.

Cuatro jóvenes, príncipes y hermanos, se preguntaban en qué especialidad debían llegar a ser maestros. Se dijeron: «Recorramos la tierra y aprendamos una ciencia especial». Decidieron hacerlo así y cuando se pusieron de acuerdo sobre el sitio en el que volverían a encontrarse de nuevo, los cuatro hermanos se pusieron en camino, cada uno en diferente dirección.

Pasó el tiempo, los hermanos se encontraron de nuevo en el sitio señalado y se preguntaron unos a otros qué habían aprendido. «Yo he llegado a ser un maestro de la ciencia», dijo el primero, «que me hace capaz, aunque no teriga más que un trocito de hueso de una criatura, de crear inmediatamente la carne que debe revestir ese hue-

so». «Yo», dijo el segundo, «conozco cómo hacer que esa criatura quede recubierta por piel y pelo, si hay carne en sus huesos». El tercero dijo: «Yo soy capaz de crear sus miembros si tengo la carne, la piel y el pelo». «Y yo», terminó de hablar el cuarto, «sé cómo dar vida a esa criatura si está perfectamente configurada».

Luego, los cuatro hermanos se fueron a la jungla a encontrar un trozo de hueso, para poder probar la ciencia particular que habían aprendido. Pero la mala suerte hizo que encontraran el hueso de un león, cosa que ellos no sabían. Recogieron el hueso. Uno le puso la carne, el segundo le hizo crecer la piel y el pelo, el tercero consiguió crear para él unos miembros que le ajustaban perfectamente y el cuarto le dio la vida. Sacudiendo su impresionante melena, la bestia feroz se levantó, abrió la boca con un aire que les heló la sangre, enseñó sus dientes afilados, sus garras inmisericordes y saltó sobre los que la habían creado. Los mató, perdiéndose a continuación, satisfecha su hambre, en la jungla¹.

El hombre de la era atómica se da cuenta de que sus poderes creativos conllevan la posibilidad de la autodestrucción. Observa que complejos industriales enormes dan al hombre la posibilidad de conseguir en una hora lo que en el pasado le costó años de trabajo. Pero también es consciente de que estas mismas industrias han roto el equilibrio ecológico y que, a través de la polución atmosférica y del ruido, han contaminado su propio ambiente. Conduce coches, escucha la radio y ve la televisión, pero no tiene capacidad de entender cómo operan, en el fondo, los instrumentos que emplea para su trabajo.

¹ De *Tales of Ancient India*, traducido del sánscrito por J.A.B. van Buitenen, New York, Bantam Books, 1961, pp. 50-51.

Ve tal abundancia de comodidades materiales alrededor de él que ya apenas le producen interés, asombro alguno en su vida. Pero al mismo tiempo, anda a tientas buscando un camino y preguntándose el porqué y el para qué de todo. Y sufre al hacerse evidente que le ha tocado vivir un tiempo capaz de destruir no sólo la vida, sino la posibilidad de que ésta pueda volver a nacer; no solamente al hombre, sino la raza humana; no sólo un determinado período de tiempo, sino la historia misma. Para el hombre de la era atómica el futuro se ha convertido en una opción.

El hombre anterior a la era atómica podía ser consciente de la paradoja real de un mundo en el que la vida y la muerte se tocan la una a la otra de una manera morbosa, y en la que se encontraba a sí mismo pendiente de un hilo, que podía romperse fácilmente. Había sabido adaptar su conocimiento a un pensamiento previo y optimista sobre la vida. Pero, en el caso del hombre de la era atómica, este nuevo conocimiento no puede adaptarse a esa antigua visión, no puede canalizarse en instituciones tradicionales. Más bien, su pensamiento rompe de forma radical y definitiva todos los esquemas y cuadros existentes, punto de referencia necesario de toda vida humana. Para él, el problema no es que el futuro traiga consigo un nuevo peligro, como por ejemplo una guerra nuclear, sino que quizás no haya futuro alguno.

No es que los jóvenes pertenezcan necesariamente a la edad atómica y los ancianos a la preatómica. La diferencia no está en la edad, sino en la conciencia y en el estilo de vida, correlativo a ese estilo. El historiador y psicoanalista Robert Jay Lifton nos ha ofrecido algunos conceptos excelentes para comprender en profundidad la

naturaleza de los dilemas del hombre de la era atómica. En palabras de Lifton, el hombre de la era atómica puede caracterizarse por (1) una ruptura con la historia, (2) una ideología fragmentada y (3) la búsqueda de la inmortalidad. Pienso que resultará esclarecedor el análisis de la vida de Peter a la luz de estos conceptos.

La ruptura con la historia

Cuando el padre de Peter le pregunta cuándo va a acabar sus estudios, y si ha encontrado una buena chica con la que casarse; y cuando su madre, con mucho tacto, se atreve a insinuarle algo sobre la confesión, la comunión y sus antiguos compañeros de la comunidad católica, los dos, él y ella, suponen que las expectativas de Peter de cara al futuro son esencialmente las mismas que ellos tuvieron. Pero cuando Peter reflexiona sobre su propia existencia, lo hace más desde la perspectiva de uno de los últimos «que hacen la experiencia de vivir», que desde la de un pionero que trabaja para el futuro. Por eso, los símbolos usados por sus padres han dejado de tener para él el poder unificador e integrador que tuvieron para las personas con una mentalidad de una etapa anterior a la era atómica. Llamamos a esta experiencia de Peter una «ruptura con la historia». Ruptura en el sentido de desconexión con todo aquello que los hombres han sentido y vivido durante mucho tiempo como símbolos vitales y nutrientes de su tradición cultural. Símbolos que se daban en torno al concepto de familia, sistema de ideas, religión y ciclo vital en general². ¿Por qué un hom-

² Lifton, *History and Human Survival*, New York: Random House, 1970, p. 318.

bre tiene que casarse y traer hijos al mundo, por qué tiene que estudiar y hacer una carrera? ¿Y por qué tiene que inventar nuevas técnicas, cuando duda de que se vaya a dar un día de mañana que pueda garantizar el valor del esfuerzo humano del momento presente?

Es crucial para el hombre de la era atómica la falta de sentido de continuidad, tan vital para una vida creativa. Se encuentra a sí mismo formando parte de la no-historia en la que solamente el momento presente del aquí y el ahora tienen valor. Para el hombre de la era atómica la vida se convierte fácilmente en un arco cuya cuerda está rota y del que no puede volar una sola flecha. En este estado de ruptura se siente paralizado. Sus reacciones no son ya de ansiedad o de gozo, realidades que formaron parte fundamental del hombre existencial, sino de apatía y de aburrimiento. Sólo cuando el hombre se siente responsable del futuro, puede tener la experiencia vital de la esperanza o de la desesperación. Pero cuando piensa que es una víctima pasiva de una tecnología burocrática extremadamente compleja, su motivación se viene abajo y empieza a dejarse arrastrar de un momento al otro, haciendo de su vida una larga cadena de hechos y accidentes fortuitos.

Cuando nos preguntamos por qué el lenguaje de la cristiandad tradicional ha perdido su poder liberador para el hombre de la era atómica, debemos darnos cuenta de que la mayor parte de la predicación sigue basándose en la presunción de que el hombre se ve a sí mismo como perfecta y racionalmente integrado en una historia en la que Dios vino a nosotros en el pasado, sigue viviendo con nosotros en el presente y vendrá a liberarnos en el futuro. Pero cuando la conciencia histórica del hombre se ha roto, todo el mensaje cristiano parece como

una lectura sobre los grandes pioneros, hecha para un niño que está viviendo un viaje lleno de amarguras.

Una ideología fragmentada

Uno de los aspectos más sorprendentes en la vida de Peter es la velocidad con que cambia su sistema de valores. Durante muchos años fue un seminarista muy estricto y ejemplarmente obediente. Iba a misa todos los días, tomaba parte en las muchas horas de oración de la comunidad, era activo en el grupo de liturgia y estudiaba con gran interés y hasta con entusiasmo las abundantes materias teológicas de su curso. Pero cuando decidió abandonar el seminario y estudiar en una universidad civil, le bastaron unos pocos meses para sacudirse de encima su antiguo estilo de vida. Rápidamente dejó de ir a misa, incluso los domingos, se pasaba las noches bebiendo y jugando con otros estudiantes, vivía con una amiga, escogió un programa de estudios absolutamente alejado de sus intereses teológicos y hablaba pocas veces de Dios o de religión.

Todo eso es tanto más sorprendente cuanto que Peter no mostraba absolutamente ninguna amargura hacia su antiguo seminario. Incluso visitaba con regularidad a sus amigos que seguían allí y guardaba una memoria agradecida de sus años de vida como hombre religioso. Pero la idea de que haber pasado de un estilo de vida a otro contrapuesto, como lo estaba haciendo él, apenas le afectara, daba a entender que era un inmaduro. Las dos experiencias eran válidas y tenían su lado bueno y su lado malo. ¿Por qué la vida tenía que ser vivida sólo con una perspectiva, bajo la guía de una sola idea, con un inmutable marco de referencia?

Peter no se lamentaba de sus días de seminario y tampoco trataba de glorificar su situación presente. Mañana podría ser otra vez diferente de nuevo. ¿Quién podía decir que no? Todo depende de las personas con las que te encuentras, de las experiencias que tienes y de las ideas y deseos que tienen sentido para ti en un momento determinado.

El hombre de la era atómica, como Peter, no vive sujeto a una ideología. Ha pasado de unas formas fijas, fruto de una ideología, a unos fragmentos ideológicos en mutación constante³. Uno de los fenómenos más visibles de nuestro tiempo es la tremenda exposición del hombre a ideas divergentes, que a menudo contrastan las unas con las otras, lo mismo que pasa con las tradiciones, convicciones religiosas y estilos de vida. Debido a los medios de comunicación, se ve enfrentado a las experiencias humanas más paradójicas. Es testigo emocionado, muy interesado, de los intentos más sofisticados y costosos para salvar la vida de un hombre por medio de un trasplante de corazón. Pero también de la impotencia de ayudar a un mundo en el que miles de personas mueren de hambre por falta de alimentos. Se puede entusiasmar ante la capacidad del hombre para viajar a otro planeta a velocidades increíbles y hundirse psicológicamente ante la impotencia desesperada de terminar una guerra sin sentido en este mismo planeta. Puede verse envuelto en discusiones de altura sobre los derechos humanos o la moral cristiana a la vez que sobre la existencia de las cámaras de tortura en Brasil, Grecia y Vietnam. Al entusiasmo ante la posibilidad de construir pantanos, cambiar el curso de los ríos y crear nuevas tierras fértiles,

³ Lifton, *Boundaries*, New York: Random House, 1970, p. 98.

se opone la tremenda realidad de los terremotos, inundaciones y tornados que pueden arruinar en una hora más de lo que el hombre es capaz de construir en una generación. Un hombre, que día a día tiene que vivir ese mundo antitético, darle sentido, no puede engañarse a sí mismo con una idea, un concepto o un sistema de pensamiento capaz de unificar esas imágenes de terrible contraste en una forma sistemática, lógica, segura de ver la vida.

«El flujo extraordinario de influencias de la cultura posmoderna»⁴, le exige, al hombre de la era atómica, una creciente flexibilidad, un deseo de permanecer abierto a todo y de vivir con los pequeños fragmentos que en un momento dado parecen ofrecerle la mejor respuesta a una situación dada. Paradójicamente, eso puede llevarle en algunos momentos a una inmensa alegría y exaltación vitalista, en los que el hombre se sumerge a sí mismo totalmente en las impresiones recibidas como ráfagas instantáneas y fugaces que le llegan de cuanto le rodea.

El hombre de la era atómica no cree ya en nada válido y verdadero para siempre. Vive al día y crea su vida en cada momento. Su arte es el arte del *collage*, un arte que, aunque sea fruto de la combinación de piezas totalmente diversas, es una pobre, corta impresión de cómo se siente el hombre en este momento. Su música es una improvisación que combina temas de varios compositores y la convierte en algo tan fresco como momentáneo. Su vida, a menudo, parece como una juguetona expresión de sentimientos e ideas que necesitan ser comunicadas y recibir respuesta, pero que no intentan obligar a nadie a darla.

⁴ Lifton, *History and Human Survival*, p. 318.

Esta ideología fragmentada impide que el hombre de la era atómica se convierta en un fanático, dispuesto a morir o a matar por una idea. Busca en primer lugar experiencias que le den el sentido de los valores y contravalores. Por eso, es muy tolerante ya que no mira al hombre que piensa de forma distinta que él como una amenaza, sino más bien como una oportunidad para descubrir nuevas ideas y probar las suyas. Puede escuchar con gran atención a un rabino, a un ministro, a un sacerdote, sin pensar aceptar ningún sistema de pensamiento, sino con el deseo sincero de profundizar su propia comprensión de lo que experimenta como parcial o fragmentario.

Cuando el hombre de la era atómica se siente incapaz de relacionarse con el mensaje cristiano, podríamos preguntar si eso no se debe al hecho de que, para muchas personas, la cristiandad se ha convertido en una ideología. Jesús, el judío ejecutado por los líderes de su tiempo, es muy a menudo transformado en un héroe cultural que refuerza los puntos de vista más divergentes y a menudo incluso destructivos. Cuando la cristiandad es reducida a una ideología que lo amalgama todo, el hombre de la era atómica se halla inclinado a convertirse en un escéptico sobre la relevancia de ese cristianismo como experiencia vital digna de ser vivida.

La búsqueda de una nueva inmortalidad

¿Por qué Peter vino en busca de ayuda? Ni él mismo sabía siquiera qué es lo que buscaba, pero tenía un sentimiento de confusión que se había apoderado de todo su ser. Había perdido unidad y dirección en su vida. Ha-

bía perdido las líneas maestras que marcan los límites de uno mismo y de lo que le rodea, que podía mantenerle en un sentido de unidad, y se veía como prisionero del presente, yendo de derecha a izquierda, incapaz de decidirse por una orientación definitiva. Seguía estudiando por una especie de obediencia rutinaria para proporcionarse la sensación de que tenía algo que hacer. Pero pasaba la mayor parte del tiempo de los largos fines de semana y muchas vacaciones durmiendo, haciendo el amor o sentado sin hacer nada con sus amigos, tranquilamente distraído por la música y por las imágenes flotantes de su fantasía.

Nada parecía urgente ni suficientemente importante para comprometerse con ello. Ni proyectos, ni planes, ni finalidades entusiasmantes para trabajar por ellas, ni misiones que obligaran a tener que cumplirlas. Peter no se sentía destrozado por el conflicto, ni deprimido, ni llevado a la ansiedad o al suicidio. No sufría de desesperanza, pero tampoco tenía nada en que esperar. Esa parálisis le hizo sentirse intranquilo por su situación personal. Había descubierto que hasta la satisfacción de su deseo de abrazar, de besar y de conseguir un acto de amor rendido, no le había creado la libertad para moverse hacia nuevos espacios de libertad. Empezó a preguntarse si el amor es realmente suficiente para guardar a un hombre vivo en este mundo, y si, para ser creativo, el hombre no necesita encontrar un camino para trascender las limitaciones del ser humano.

Quizá podamos encontrar en la historia de la vida de Peter hechos o experiencias que den algo de luz a su apatía, pero parece perfectamente válido ver la apatía de Peter como un paradigma de la parálisis del hombre de la era atómica, que ha perdido la fuente de su creatividad,

que es lo que le hace sentirse inmortal. Cuando un hombre ya no es capaz de mirar más allá de su propia muerte y relacionarse a sí mismo con lo que perdura más allá del tiempo y del espacio de su vida, pierde su deseo de crear y pierde la alegría vital del ser humano. Por eso, yo quiero ver el problema de Peter como el del hombre de la era atómica que está a la búsqueda de nuevas maneras de inmortalidad.

Robert Lifton ve como el problema central del hombre de la era atómica la falta de este sentido de inmortalidad, que «representa una urgencia impulsora, universal, de mantener un sentido interior de continuidad en el tiempo y en el espacio, apoyándose en la aventura de vivir los distintos elementos de la vida». Es la «forma del hombre de experimentar su conexión con toda la historia humana»⁵. Pero, para el prototipo de hombre de la era atómica, los modelos de inmortalidad han perdido sus poderes de conexión. A menudo dice: «No quiero traer niños a este mundo que se autodestruye». Eso significa que el deseo de continuar la vida en sus hijos se ha extinguido frente al posible final de la historia. ¿Y para qué vivir del trabajo de sus manos si un estallido atómico puede reducir a cenizas en un segundo todo lo que ha hecho? ¿Puede quizá una inmortalidad animista hacer posible que el hombre viva en la naturaleza? ¿Y cómo voy a creer en un después, como respuesta a la búsqueda de la inmortalidad, cuando difícilmente hay fe alguna en el «aquí»? Una vida después de la muerte sólo puede verse en términos de la vida antes de ella, y nadie puede soñar en una nueva tierra cuando la tierra antigua no ofrece promesa alguna.

⁵ Lifton, *Boundaries*, p. 22.

Ninguna forma de inmortalidad, ni la inmortalidad a través de los hijos, ni de los trabajos, ni de la naturaleza, ni la que se nos ofrece en el cielo, es capaz de ayudar al hombre de la era atómica a proyectarse a sí mismo más allá de los límites de su existencia.

Por eso no hay que sorprenderse de que el hombre de la era atómica no pueda encontrar una expresión adecuada de su experiencia en símbolos como el infierno, el purgatorio, el cielo, un más allá, la resurrección, el paraíso y el reino de Dios.

Una predicación y una enseñanza basadas todavía en la presunción de que el hombre está en camino hacia la nueva tierra cargada de promesas y en que sus actividades creativas en este mundo son los primeros signos de lo que verá en el más allá, no puede tener eco en un hombre cuya mente se alimenta de las posibilidades suicidas de su propio mundo.

Esto nos lleva al final de nuestra descripción del hombre de la era atómica. Peter fue nuestro modelo. Hemos visto su ruptura con la historia, su ideología fragmentada y su búsqueda de un nuevo modelo de inmortalidad. Evidentemente, el nivel de reconocimiento y la visión es diferente en cada persona, pero espero que seáis capaces de reconocer en vuestras propias experiencias y en las de vuestros amigos algunos de los rasgos que se nos han hecho tan visibles en el estilo de vida de Peter. Y su descubrimiento puede también ayudaros a daros cuenta de que la edad moderna es también un reto que nos invita a preguntarnos cómo sus suposiciones inarticuladas pueden todavía formar las bases de sus pretensiones de redención.

B) EL CAMINO HACIA LA LIBERACIÓN DEL HOMBRE DE LA ERA ATÓMICA

Cuando reconoces entre tus compañeros, amigos o familia, e incluso en tus propias reflexiones sobre ti mismo, a un hombre de la era atómica, te preguntas si no hay algún camino de liberación para este nuevo tipo de persona. Más importante que plantearse unas preguntas excesivamente espontáneas, no contrastadas por ningún tipo de técnica, que tienden a crear más irritación que descanso psicológico, debemos ser capaces de descubrir, en medio de la presente situación de marasmo, nuevas vías que nos orienten en direcciones esperanzadas.

Cuando miramos a nuestro alrededor, vemos a hombres paralizados por la ruptura y la fragmentación, atrapados en la prisión de su propia condición de seres mortales. Pero también somos testigos de experiencias gozosas de vida, por las que el hombre intenta liberarse a sí mismo de las cadenas de sus propios problemas y experimentar la fuente de una nueva creatividad.

Mi compromiso personal con las angustias y penas del hombre de la era atómica me hace sospechar que hay dos formas principales por medio de las cuales intenta romper el capullo de seda que lo encierra y volar. Estas dos formas son, la una mística y la otra revolucionaria. Las dos pueden ser consideradas modos de «experimentar la trascendencia»⁶, y las dos parecen abrir nuevas perspectivas y sugerir nuevos estilos de vida. Voy a describir estas dos formas y luego voy a mostrar cómo se hallan relacionadas entre sí.

⁶ Lifton, *History and Human Survival*, p. 330.

La vía mística es la de la interiorización. El hombre intenta encontrar en esta vida interior una conexión con la «realidad de lo no visto», «la fuente del ser», «el punto del silencio». En ese núcleo el hombre descubre que lo más importante es lo universal⁷. Más allá de las capas superficiales de idiosincrasias, diferencias psicológicas y tipologías caracterológicas, encuentra el centro a partir del cual puede abrazar a todos los seres a la vez y experimentar una conexión plena de sentido con todo lo que existe. Muchas personas que han vivido peligrosos viajes a base del LSD y vuelven sanos y salvos de la experiencia, han hablado sobre las sensaciones durante las cuales rompen temporalmente su alienación, se sienten vinculados a un poder misterioso que une a los hombres. Incluso experimentan la visión interior liberadora de lo que está más allá de la muerte. El número creciente de casas de oración, de meditación, de contemplación y los numerosos centros nuevos de Zen y de Yoga son un signo claro de que el hombre de la era atómica intenta alcanzar el momento, el punto o el centro, en el que la distinción entre la vida y la muerte puede ser trascendida y en el que es posible una profunda conexión con toda la naturaleza, lo mismo que con toda la historia. De cualquier forma que intentemos definir este modo de «experimentar la trascendencia», parece que en todas ellas el hombre intenta trascender el ambiente mundano que lo rodea, y ascender todos los niveles posibles, lejos de las irrealidades de su existencia diaria, hacia una visión más global que le permita experimentar la auténtica realidad.

⁷ Cfr. Rogers, *On Becoming a Person*, Houghton Mifflin, 1961, p. 26.

En esta experiencia puede liberarse de su apatía y alcanzar las corrientes profundas de la vida en la que participa. Allí siente que pertenece a una historia de la que no conoce ni el principio ni el final pero en la que tiene un sitio único. Por medio de esta distancia creativa que le aparta de las cosas irreales de sus propias ambiciones y urgencias, el hombre de la era atómica rompe el círculo vicioso de la profecía que se está sirviendo a sí mismo intelectualmente y que es una fuente de sufrimiento, fruto de sus tétricas predicciones. Ahí se pone en contacto con el centro de su propia creatividad y encuentra la fuerza para rechazar convertirse en víctima pasiva de su propia futurología. Deja de verse a sí mismo como un individuo aislado, atrapado en la cadena diabólica de causa y efecto, para verse más bien como un hombre capaz de trascender los límites de sus propios problemas y llegar mucho más allá de las preocupaciones que le centran sobre sí mismo. Palpa el lugar donde todas las personas le son reveladas como iguales y donde la compasión se convierte en una posibilidad humana. Llega a la fuente y al mismo tiempo, evidente percepción en sí misma de que la oración, no es un elemento piadoso, meramente decorativo, en su vida, sino la respiración de la existencia humana.

El camino de la revolución

Pero hay un segundo camino que se hace presente en el mundo del hombre de la era atómica. Es el camino revolucionario para trascender nuestros problemas personales. El hombre se hace consciente de que la elección ya no es entre su mundo o un mundo mejor, sino entre

la desaparición del mundo o un mundo nuevo. Es el camino del hombre que dice: la revolución es mejor que el suicidio. Este hombre está profundamente convencido de que nuestro mundo avanza hacia el borde del precipicio, que Auschwitz, Hiroshima, Argelia, Biafra, May Lai, Attica, Bangladesh e Irlanda del Norte son solamente unos pocos nombres de los muchos que demuestran cómo el hombre se mata a sí mismo con sus absurdos inventos tecnológicos. Para él, ni la adaptación, ni ordenar algunas situaciones o añadir algo a las mismas sirve para nada en este momento de la historia. Para él, los liberales y los progresistas están engañándose a sí mismos intentando hacer que una situación intolerable se haga más tolerable. Está cansado de podar los árboles, de cortar algunas ramas. Quiere arrancar de cuajo las raíces de una sociedad enferma. Ya ha dejado de creer que las conversaciones que intentan la integración, las medidas contra la polución y los ruidos, los voluntarios de la paz, los programas contra la pobreza y la legislación sobre los derechos civiles salvarán al mundo dominado por la extorsión, la opresión y la explotación. Sólo la convulsión total y radical del orden existente, al mismo tiempo que un drástico cambio de dirección, puede prevenir el final de todo. Pero mientras apunta a una revolución, en realidad no se siente motivado por el deseo de liberar al oprimido, por aliviar la situación del pobre y acabar con la guerra. En tiempos pasados, el hombre apenas se sentía impulsado a la revuelta. Pero el revolucionario de nuestro tiempo ve la urgente e inmediata necesidad de sus hermanos que sufren como una parte de una escena apocalíptica mucho más amplia, en la que la supervivencia de la humanidad como tal está en peligro. Su meta no es llegar a un hombre mejor, sino a un hombre nuevo,

un hombre que se oriente hacia el mundo y hacia sí mismo de una manera que todavía no ha sido explorada, pero que está dentro de sus posibilidades escondidas. La vida de este hombre no está gobernada por la manipulación sino que está regida por el amor y apoyada por nuevos medios de comunicación interpersonal. Este hombre nuevo no se desarrolla a partir de un proceso evolutivo. Quizá ya es demasiado tarde. Es posible que las tendencias suicidas, nacidas del creciente desequilibrio en la cultura, lo mismo que en la naturaleza, hayan alcanzado el punto sin retorno. El revolucionario cree que la situación no es irreversible y que la total reorientación de la humanidad es tan posible como su total destrucción. No piensa que su meta va a ser alcanzada en pocos años o incluso en pocas generaciones, pero basa su empeño en la convicción de que es mejor dar la vida que arrancarla a otros violentamente, y que el valor de sus acciones no depende de los resultados inmediatos. Vive de la visión de un mundo nuevo y rechaza el hecho de que las ambiciones mundanas del momento le aparten del camino. Trasciende su condición presente y se mueve, desde el campo de un fatalismo pasivo, a un activismo radical.

La vía cristiana

¿Existe una tercera vía, la cristiana? Es mi convicción creciente: en Jesús las vías mística y revolucionaria no son opuestas sino dos formas claras por medio de las cuales el hombre puede experimentar la trascendencia. Estoy cada vez más convencido de que la conversión es el equivalente individual de la revolución. Por tanto, todo

auténtico revolucionario se encuentra con el reto de ser un místico de corazón. Y el que avanza por las vías de la mística está llamado a desenmascarar lo ilusorio, lo vacío que es en el fondo la sociedad humana. Misticismo y revolución son dos aspectos del mismo empeño de intentar un cambio radical. No hay místico que pueda librarse de convertirse en un crítico social, porque en la autorreflexión descubrirá las raíces de la enfermedad social. De manera semejante, ningún revolucionario podrá eludir enfrentarse a su propia condición humana, ya que en medio de la lucha por un mundo nuevo, encontrará que también está luchando contra sus propios miedos reaccionarios y sus falsas ambiciones.

El místico, lo mismo que el revolucionario, tiene que cortar todos los amarres con las necesidades que le hacen sentirse seguro de sí mismo, gozando de una existencia protegida, y enfrentarse sin miedo a la miserable condición de sí mismo y del mundo. No es ciertamente sorprendente que los grandes líderes revolucionarios y los grandes contemplativos de nuestro tiempo se encuentren unidos por la preocupación común de librar de su parálisis al mundo de la era atómica. Sus personalidades pueden ser muy diferentes, pero muestran la misma visión, que lleva a un criticismo radical de sí mismos, y aplican ese mismo criticismo al activismo. Esta visión es capaz de restaurar la «conexión rota» (Lifton) con el pasado y el futuro, de dar unidad a una ideología fragmentada y de ir más allá de los límites de la realidad mortal de ellos mismos. Esta visión puede ofrecer una distancia creativa de nosotros mismos y de nuestro mundo, y ayudarnos a trascender los muros que nos encierran en él y causan miles de problemas.

Para el místico, lo mismo que para el revolucionario, la

vida significa atravesar el velo que cubre nuestra existencia humana y seguir la visión que se nos ha hecho patente. Cualquiera que sea la manera como llamemos a esta visión —«Lo sagrado», «El Númeno», «El Espíritu» o «El Padre»—, seguimos creyendo que la conversión, lo mismo que la revolución, extraen su poder de la fuente que está más allá de las limitaciones de nuestra condición de criaturas.

Para un cristiano, Jesús es el hombre en el que se ha puesto de manifiesto que la revolución y la conversión no pueden separarse en la búsqueda del hombre de la trascendencia experiencial. Su aparición en medio de nosotros nos ha clarificado que cambiar el corazón humano y cambiar la sociedad no son tareas separadas sino que están interconectadas, como los dos maderos de una cruz.

Jesús fue un revolucionario que no se convirtió en extremista, ya que no ofrecía una ideología sino a sí mismo. También fue un místico que no se sirvió de su íntima relación con Dios para evitar los males sociales de su tiempo, sino que chocó con su medio hasta el punto de ser ejecutado por rebelde. En este sentido también, sigue siendo para el hombre de la era atómica el camino de la liberación, de la libertad.

CONCLUSIÓN

Hemos visto los problemas del hombre de la era atómica, su ruptura con la historia, su fragmentación ideológica y la búsqueda de la inmortalidad. Hemos descubierto la vía mística, lo mismo que la revolucionaria, por medio de las cuales el hombre de la era atómica intenta

llegar a un punto más allá de sí mismo. Y finalmente hemos visto que para el cristiano, el hombre Jesús ha dejado muy claro que estos dos caminos no constituyen una contradicción, sino que son, de hecho, las dos caras de la misma moneda: la de la experiencia trascendente.

Supongo que dudaréis a la hora de consideraros a vosotros mismos como místicos o revolucionarios, pero si tenéis ojos para ver y oídos para oír, los reconoceréis en medio de vosotros. A veces se nos hace absolutamente evidente, hasta el punto de producirnos irritación. En cambio otras veces, sólo es parcialmente visible. Le encontraréis en los ojos del guerrillero, del joven radical o del chico que mantiene enhiesta la pancarta de un piquete. Lo reconoceréis en el soñador tranquilo que toca su guitarra en un rincón de un café, en la voz apacible de un monje, en la sonrisa melancólica de un estudiante concentrado en su lectura. Lo veréis en la madre que permite a su hijo emprender su propio camino —un hecho siempre difícil para los dos—, en el padre que lee a su hijo algo que ha sacado de un libro raro, en la risa franca de una chica joven, en la indignación de un señor y en la decidida actitud de un Pantera Negra.

Lo encontraréis en vuestra propia ciudad, en vuestra familia e incluso en las luchas de vuestro propio corazón, porque está en todo hombre que extrae su fuerza de la visión que aparece en el horizonte de su vida y le lleva a un nuevo mundo.

Este nuevo mundo llena nuestros sueños, guía nuestras acciones y nos obliga a seguir adelante, con gran riesgo, con la convicción creciente de que un día el hombre será libre, ilibre para amar!

II

UN MINISTERIO PARA UNA GENERACIÓN DESARRAIGADA

Una mirada a los ojos del fugitivo

Introducción

Antes de entrar en el tema del ministerio cristiano en el mundo del mañana, me parece conveniente contar una pequeña anécdota.

Un día, un joven fugitivo intentaba escapar del enemigo. Sentía que le pisaban los talones y se refugió en una aldea. Todos los habitantes fueron acogedores con él y le ofrecieron un sitio seguro donde esconderse. Pero cuando los soldados, que le habían visto buscar cobijo en la aldea, preguntaron a los vecinos dónde se escondía, los aldeanos se echaron a temblar. Y no era para menos, porque les amenazaron con reducir a cenizas la aldea y con matar a los hombres que había en ella si no entregaban al fugitivo antes del amanecer. Los vecinos fueron a casa del ministro y le preguntaron qué debían hacer. El ministro, angustiado ante el terrible dilema de entregar al joven al enemigo o la aniquilación de la aldea y la muerte de todos los vecinos, se retiró a su habitación a leer la Biblia. Esperaba encontrar la respuesta al dilema antes de la hora fatídica señalada por los soldados. Al cabo de muchas horas, poco antes de empezar a clarear el día, sus ojos cansados se quedaron como imantados en estas palabras de la Escritura: «Es mejor que muera un hombre a que se pierda todo el pueblo».

El ministro cerró la Biblia, llamó a los soldados y les dijo dónde estaba escondido el joven. Después de que los soldados se lo llevaron para fusilarlo, se hizo una fiesta en la aldea porque el ministro había salvado las vidas de todos sus habitantes. Pero el ministro no participó en la fiesta. Abrumado por una profunda tristeza, se

quedó en su habitación. Aquella noche se le apareció un ángel y le preguntó:

—¿Qué has hecho?

—He entregado el fugitivo a los soldados —le respondió.

—Pero, ¿no sabes que has entregado al Mesías al enemigo? —le recriminó el ángel.

—¿Cómo podía saberlo? —casi protestó el ministro, entre el miedo y el horror por lo que había hecho.

—Si en vez de leer tu Biblia, hubieras visitado al joven tan sólo una vez y le hubieras mirado a los ojos, lo habrías visto con toda claridad.

Aunque las versiones de esta historia son muy antiguas, se diría que es un relato reciente. También a nosotros se nos invita a mirar a los ojos de los jóvenes de hoy, lo mismo que aquel ministro, que habría podido reconocer al Mesías si hubiera levantado los ojos de su Biblia para mirar a los del joven. Quizá un ejemplo así sea suficiente para prevenirnos de la posibilidad de entregarlos, totalmente desvalidos, en manos del enemigo, y hacernos capaces de sacarlos de los sitios donde se esconden, y de devolverlos a la vida con sus gentes desde donde puedan redimirnos y liberarnos de nuestros miedos.

Parece ser, pues, que debemos enfrentarnos a dos cuestiones. En primer lugar, ¿qué parecen hoy los hombres y mujeres del mañana? En segundo lugar, ¿cómo podemos orientarlos hacia donde puedan redimir a sus propias gentes?

A) LOS HOMBRES Y MUJERES DEL MAÑANA

Si se piensa al observar a los hombres y mujeres de hoy, como se hace a menudo, que son miembros anó-

nimos de la multitud solitaria de Riesman, los hombres y mujeres del mañana serán los hijos de esa multitud solitaria. Cuando miramos a los ojos de los jóvenes, podemos vislumbrar, al menos, una sombra de su mundo. El liderazgo cristiano será configurado por tres de las características que nos serán comunes a todos los hombres y mujeres del mañana: la preocupación por el mundo interior, la sensación de carecer de padres y la condición de seres convulsionados. Por eso, el ministro del mañana debe analizar con seriedad estas características en sus reflexiones y proyectos.

Podríamos calificar a esta generación como la que vive volcada sobre su mundo interior, la generación sin padres y la generación convulsiva. Veamos cómo estas características van a ayudarnos a entender mejor a los hombres y mujeres del mañana.

La generación del mundo interior

En un estudio sobre los universitarios publicado en el mes de octubre de 1969, Jeffrey K. Hadden sugiere que el mejor concepto con el que se puede calificar a la próxima generación es el de que vive desde su interior. Es una generación que da una prioridad absoluta a lo personal y que tiende de una forma notable a retirarse hacia su propia interioridad. Esto puede sorprender a los que piensan que nuestra juventud es tremendamente activista, que protesta con pancartas y organiza cursos, sentadas y encuentros en todo el país. Piensan y hablan de ellos atribuyéndoles mil formas de vida, menos la que conlleva una preocupación por el mundo interior.

Pero las primeras impresiones no siempre son las bue-

nas. Puede servirnos de ejemplo el cambio que ha experimentado un famoso centro de juventud de Amsterdam. Hasta hace poco, este centro, llamado «Fantasio», reunía anualmente a miles de jóvenes de todo el mundo, atraídos por la atmósfera psicodélica, soñadora del mismo.

«Fantasio» estaba dividido en muchas salas pequeñas, íntimas, pintadas con colores psicodélicos. Jóvenes de barba y pelo largo, vestidos con taraceas a base de ornamentos litúrgicos antiguos, se sentaban allí tranquilamente, fumaban porros, quemaban incienso, dejándose envolver por su perfume agrio mientras escuchaban hipnotizados música rock, que envolvía en una ilusión trepidante hasta los últimos poros de su cuerpo.

Pero ahora las cosas son diferentes. Los jóvenes líderes han eliminado todos los estímulos psicodélicos, han remodelado el centro convirtiéndolo en un local sobrio y más o menos serio, y le han cambiado de nombre. Ahora, en vez de «Fantasio», se llama «Centro para la Meditación sobre el Cosmos». En sus primeras líneas programáticas sobre lo que perseguía el centro, escribieron en su periódico: «Cortad vuestras largas cabelleras, fuera vuestras barbas, revestíos de sencillez, porque ahora las cosas van en serio». La concentración, la contemplación y la meditación se han convertido en las palabras claves del centro. Profesores de yoga dan clases sobre el control del cuerpo. Los que van allí se sientan y hablan durante horas sobre Chuang Tzu y los místicos del Este, y todos intentan básicamente encontrar el camino que les lleve hasta su interioridad.

Podemos sentirnos inclinados a no tener en cuenta la conducta de este grupo de jóvenes, como si se tratara de una especie de rareza de tipo marginal que podemos

encontrar en cualquier sociedad moderna. Pero Jeffrey Hadden nos demuestra que esta conducta es un síntoma de algo mucho más generalizado, básico e influyente. Es la conducta de las personas que están convencidas de que no hay nada «fuera» ni «arriba» a lo que agarrarse firmemente y que pueda arrancarles de su incertidumbre y confusión. Ninguna institución, ninguna realidad concreta tiene el poder de aliviarles de su ansiedad y soledad y hacer que se sientan libres. Por eso, sienten que su único camino es el de la interiorización. Si no hay nada «fuera», ni «arriba» quizá haya algo con sentido, algo sólido «dentro». Quizá algo profundo, en lo más íntimo de uno mismo, tenga la clave para explicar el misterio de todo, de la libertad y de la unidad.

El sociólogo alemán Shelsky habla sobre nuestro tiempo y se atreve a decir de él que se desgrana en una continua reflexión. Es la que ha desplazado del centro de nuestra existencia a toda autoridad que nos diga cómo pensar y qué hacer. Los dogmas son realidades escondidas que el hombre tiene que descubrir por sí mismo. Y la conciencia propia es la única fuente para llegar a la comprensión de lo que en el fondo es la persona individual. La mente moderna, dice Shelsky, está en constante reflexión sobre sí misma, intentando profundizar cada vez más en el corazón de su propia individualidad.

Pero, ¿adónde nos lleva eso? ¿Qué clase de generación producirá este deslizarse convulsivo hacia la interioridad, ese reflexionar sobre sí mismos? Jeffrey K. Hadden escribe:

Las expectativas son al mismo tiempo preocupantes y prometedoras. Si esa interiorización para descubrirse a sí mismos es sólo un paso hacia una persona inteligente,

*dotada de una gran sensibilidad, y honrada, la fe total que tiene nuestra sociedad en la juventud puede ser justificada. Pero la forma y el estilo actuales de interiorización parece que no están dominados por norma o tradición social alguna, y casi evitan toda noción que signifique un ejercicio de responsabilidad en relación con los demás*¹.

Jeffrey K. Hadden está lejos de sugerir que esta generación volcada sobre su mundo interior se encuentra muy cercana a la revitalización de la vida contemplativa, o a punto de instaurar nuevas vías de monaquismo. Los hechos nos hacen ver, en primer lugar, que esa interiorización puede llevar a una forma de defensa lo privado, que no es solamente antiautoritario y antiinstitucional, sino también muy centrado en uno mismo, altamente interesado en la comodidad material y en una gratificación inmediata de los deseos y necesidades existentes. Pero la interiorización no tiene por qué llevar necesariamente a esa defensa de lo privado. Es posible que la nueva realidad descubierta en lo más profundo de uno mismo pueda convertirse «en un compromiso de transformar la sociedad». La preocupación por su mundo interior de la próxima generación puede llevar también al más alto grado de hipocresía o al descubrimiento de la realidad de lo no visto, que puede significar un aporte para un mundo nuevo. El camino que tomará dependerá en gran medida de la forma de ministerio ofrecido a esta generación que tiende a la interiorización.

¹ *Psychology Today*, octubre de 1969.

Una generación sin padres

Todos aquellos que se llaman a sí mismos padres o permiten que alguien se lo llame, desde el Santo Padre a muchos padres abades, a los miles de sacerdotes a los que se les llama padres, que intentan ofrecer buenas nuevas, deben saber que lo último que deberían escuchar con tranquilidad y satisfacción es ese «padre». Estamos frente a una generación que tiene personas que los han engendrado, pero no padres, una generación en la que todo el que reclama para sí algún tipo de autoridad, porque tiene más edad, porque tiene mayor madurez, porque es más inteligente o más poderoso, se convierte en sospechoso desde el principio.

Hubo un tiempo, y de muchas maneras vemos los últimos movimientos agónicos de este tiempo a nuestro alrededor, en el que la identidad del hombre, su ser de adulto y su poder, le venían dados del padre de arriba. Creían que eran buenos cuando el que estaba por encima de ellos les daba palmadas en la espalda. Inteligentes, cuando estudiaban en una universidad de prestigio, como alumnos de corte intelectual de unos buenos profesores. En una palabra, se sentían como lo que representaban para cualquiera de sus muchos padres.

Hubiéramos podido prever que la nueva generación iba a rechazar esto, puesto que hemos aceptado que el valor del hombre no depende de lo que se le da por sus padres, sino de lo que hace por sí mismo. Deberíamos haber previsto esto puesto que hemos dicho que la fe no es la aceptación de tradiciones con cientos de años, sino una actitud que crece dentro de nosotros. Deberíamos habernos anticipado a esto puesto que decimos que el

hombre es libre para escoger su propio futuro, su propio trabajo, su propia vida.

Hoy, viendo que el mundo de los adultos, sin excepción, incluido el mundo de los padres, permanece impotente ante la amenaza de la guerra atómica, una pobreza que corroe todo, y la hambruna de millones de personas, los hombres y las mujeres del mañana ven que no hay padre alguno que tenga nada que decirles sencillamente por el hecho de que haya vivido más. Un grupo inglés de música beat lo proclama de forma desgarrada:

*El muro en el que escribían los profetas
se rompe en sus junturas.
Sobre los instrumentos de muerte,
el sol brilla con todo su esplendor.
Cuando todo el mundo está agobiado
por pesadillas y sueños,
ya nadie puede descansar en los laureles,
porque el silencio ahoga los gemidos*².

Es lo que contempla la próxima generación de hombres y mujeres, convencidos, además, de que no pueden esperar nada de arriba. Al mirar el mundo de los adultos, dicen:

*Miro desde fuera hacia el interior.
¿Y qué veo?
Confusión y desilusión a mi alrededor.
No me posees,
no me impresionas.*

² Fragmento de «Epitaph», letra y música de Robert Fripp, Jan McDonald, Greg Lake, Michael Giles y Peter Sinfield.

Simplemente, me fastidias.

No puedes instruirme

o conducirme.

*Simplemente hacerme perder el tiempo*³.

Lo único que les queda es intentarlo solos, sin orgullo ni desprecio por sus padres, diciéndoles que ellos serán mejores, sino con el miedo profundo de que van a fracasar instalado en ellos. Pero prefieren el fracaso a creer en los que están a su alrededor, ya fracasados ante sus ojos. Se reconocen a sí mismos en las palabras de una canción moderna.

*Confusión será mi epitafio,
mientras me arrastro por un sendero agrietado y roto.
Si actuamos así, podemos tumbarnos y reírnos.
Pero tengo miedo de que mañana lloraré.
Sí, tengo miedo de que mañana lloraré.*

Pero esta generación que se nutre del miedo y que rechaza a sus padres y muy a menudo también la legitimidad de todas las personas o instituciones que reclaman para sí cierta autoridad, se encara a un nuevo peligro: convertirse ella misma en cautiva. David Riesman escribe: «A medida que la autoridad del adulto se desintegra, los jóvenes son más y más cautivos los unos de los otros... Cuando desaparece el control del adulto, se intensifica el control mutuo de los jóvenes»⁴. En vez del padre, el compañero se convierte en modelo. Muchos jóvenes a los que no impresionan en absoluto las peti-

³ Fragmento de «I talk to the wind», letra y música de Jan McDonald y Peter Sinfield.

⁴ *Psychology Today*, octubre de 1969.

ciones, expectativas y quejas de los grandes jefes del mundo adulto, muestran una escrupulosa sensibilidad respecto a lo que sienten sus compañeros, a lo que piensan y dicen. No les importa ser considerados por los adultos como descastados o abandonados a su suerte. Pero, ser excomulgados por el pequeño círculo de amigos al que quieren pertenecer, resultaría para ellos una experiencia insoportable. Muchos jóvenes pueden incluso convertirse en esclavos de la tiranía de sus compañeros. Aunque aparece indiferente, informal en la manera de vestir, incluso sucio a los ojos de sus mayores, su indiferencia es a menudo cuidadosamente calculada, su estilo informal, estudiado delante del espejo, y su apariencia sucia basada en una cuidadosa y detallada imitación de sus amigos.

Pero la tiranía de los padres no tiene el mismo sentido y consecuencias que la tiranía de los compañeros. No seguir a los padres es totalmente distinto a no responder a las expectativas de los compañeros. Lo primero significa desobediencia. Lo segundo, inconformismo. Lo primero crea sentimientos de culpabilidad, y lo segundo, de vergüenza. En ese sentido hay un claro desplazamiento de la cultura de la culpabilidad a la de la vergüenza. Este desplazamiento tiene consecuencias muy profundas, porque si el joven no aspira ya a convertirse en adulto y a sustituir a sus padres en el mundo de los adultos, y si la principal motivación es la conformidad con el grupo de compañeros, podemos ser testigos de la muerte de la cultura orientada hacia el futuro o, sirviéndonos de un término teológico, del final de la escatología. Entonces nada nos moverá a abandonar el lugar seguro y viajar a la casa del padre que tiene tantas moradas, ninguna esperanza puesta en llegar a la tierra prometida, o de ver

al que sigue esperando al hijo pródigo, ninguna ambición de sentarnos a la derecha o a la izquierda del trono celestial. Por eso, quedarse en el hogar, sintonizando con el grupo pequeño y metido en él, se convierte en algo importante. Pero esto es también un voto en favor de lo establecido.

Este aspecto de la generación futura suscita preguntas serias al liderazgo cristiano del mañana. Pero haríamos una pintura del liderazgo cristiano muy parcial si primero no nos fijamos con cuidado en el tercer aspecto de la próxima generación, en la inquietud.

La generación intranquila

La interiorización y el no admitir la autoridad del padre, dos realidades psicológicas que vive la próxima generación, nos pueden llevar a esperar un futuro muy tranquilo y satisfecho, en el que las personas se nutran a sí mismas, con total independencia de la generación anterior, e intenten conformarse a su pequeño grupo, que consideren absolutamente como propio. Pero debemos tener en cuenta el hecho de que estos atributos están íntimamente relacionados con la sociedad en la que el joven se encuentra. Muchos jóvenes están convencidos de que hay algo terriblemente equivocado en el mundo que les ha tocado vivir, y que la cooperación con los modelos de vida existentes constituiría una traición a ellos mismos. Vemos por todas partes personas nerviosas, inquietas, incapaces de concentrarse y, a menudo, sufriendo, al verse dominados por una sensación de depresión creciente. Ven que las cosas no pueden seguir siendo como son ahora, pero no encuentran una alternativa que valga la

pena. Por eso viven en perpetua frustración y tristeza, y eso se traduce a menudo en alguna forma de violencia indiscriminada, que destruye sin una finalidad clara, o en una retirada suicida del mundo. Las dos realidades son signos de protesta más que resultado del hallazgo de nuevos ideales.

Inmediatamente después de la rendición del exhausto Estado de Biafra, en Francia, dos alumnos de un instituto, Robert, de diecinueve años, y Regis, de dieciséis, se inmolaron prendiéndose fuego y animaron a muchos de sus compañeros a hacer lo mismo. Las entrevistas con sus padres, pastores, profesores y amigos revelaron el hecho horripilante de que los dos estudiantes, inteligentes y de una gran sensibilidad, se habían visto tan abrumados por la miseria de la humanidad, una miseria sin posibilidad de remisión, y por la incapacidad de los adultos para ofrecer esperanza alguna de un mundo mejor, que eligieron prenderse fuego como última forma de protesta.

Para alcanzar una mejor comprensión de los sentimientos que subyacían en esos estudiantes, voy a transcribir algo de la carta de otro joven, que abandonó los estudios y seguía esperando aún un mundo nuevo. Escribió a su madre el día 1 de enero de 1970:

La sociedad me obliga a vivir una vida carente de libertad, a aceptar valores que no lo son para mí. Rechazo en su totalidad la sociedad tal como es ahora, pero como siento compasión por las personas que viven juntas —una sombra de lo que debe ser la sociedad—, intento buscar alternativas. Me he impuesto la obligación de hacerme consciente de lo que significa ser un hombre en plena búsqueda de la fuente de la vida. La gente de la Iglesia lo llama "Dios". Te das cuenta, lo mismo que yo, de que estoy metido en un camino difícil para llegar a mi plena

realización, pero me siento orgulloso de que muy pocas veces hago lo que los demás esperaban que hiciera, en línea con el así llamado "desarrollo normal". Realmente, espero no terminar en una situación en la que me sienta cuadrado, encadenado a costumbres, tradiciones y a las habladurías de los vecinos de la puerta de al lado...

Esta carta me parece una expresión que refleja bien lo que sienten muchos jóvenes. Comparten una infelicidad fundamental en relación al mundo que les ha tocado vivir y un fuerte deseo de trabajar por el cambio, pero dudan profundamente de que ellos vayan a poder hacerlo mejor que lo hicieron sus padres, y les falta cualquier otra visión de la nueva realidad o cualquier nueva perspectiva de la misma. Dentro de este marco, pienso que son comprensibles muchas conductas erráticas, sin dirección. El hombre que se siente cogido en la trampa como un animal, puede ser peligroso y destructivo, teniendo en cuenta esos movimientos sin dirección a los que le impulsa su propio pánico.

Esta conducta inquieta es malentendida, a menudo, por los que tienen el poder y sienten que la sociedad debe ser protegida contra las protestas de la juventud. No reconocen la tremenda ambivalencia que está más allá de esa conducta que revela una gran inquietud, y que más que ofrecer oportunidades creativas, tienden a polarizar la situación y a alienar incluso más a los que están de hecho intentando distinguir lo que a sus ojos tiene valor y lo que no.

De manera semejante, algunos adultos comprensivos pueden hacer una mala lectura de los motivos de la juventud. Riesman, en un artículo sobre los estudiantes radicales en los campus universitarios, escribe que muchos

«... *adultos* temen ser considerados como pasados de moda o cuadrículados y, se decantan totalmente en favor de los jóvenes radicales, sin darse cuenta de su propia ambivalencia. No sirven a menudo de ayuda alguna, sino que más bien contribuyen a la severidad de las medidas que adopta su propio grupo. Estoy totalmente convencido de que algunas facultades que han pensado de sí mismas como que estaban muy del lado de los estudiantes, reaccionarán cuando vean que muchos de ellos son especialmente hostiles hacia las facultades que en el pasado lo han tolerado todo y se han puesto de su lado»⁵.

La generación futura está buscando desesperadamente una visión, un ideal al que poder entregarse. Si queréis llamarlo de otra manera, una fe. Pero su lenguaje drástico es a menudo incomprendido y considerado más una amenaza o una convicción testaruda que la petición de caminos alternativos de vida.

La preocupación por el mundo interior, el sentirse sin padres y la inquietud, estas tres características de la juventud de hoy nos dan las primeras líneas del perfil psicológico de la próxima generación. Ahora estamos preparados para preguntarnos qué se espera del que aspira a ser un líder cristiano en el mundo del mañana.

B) EL LÍDER DEL MAÑANA

Cuando nos hacemos conscientes de las implicaciones de nuestro pronóstico en relación con el líder cristiano del futuro, se ve con claridad que hay tres papeles que merecen una atención especial: (1) el líder como articulador

de la vida interior; (2) el líder como hombre compasivo; (3) el líder como un crítico contemplativo.

El ministro como articulador de la vida interior

El hombre interiorizado se enfrenta a una misión nueva y a menudo dramática. Debe llegar a un arreglo con una realidad interior tremenda. Desde que el Dios «de fuera» o el «de arriba» están más o menos perdidos en las estructuras secularizadas, el Dios interior exige una atención como nunca en la historia de la humanidad. Y como el Dios de fuera puede ser experimentado como un padre amoroso o como un demonio horrible, el Dios interior puede ser, no solamente la fuente de la nueva vida creativa, sino también la causa de una confusión caótica.

La queja más amarga de los místicos españoles, santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz, fue que les faltaban guías espirituales para orientarlos por los caminos más adecuados a su vida interior, y para permitirles la posibilidad de distinguir entre los espíritus creativos y los destructivos. No necesitamos enfatizar lo peligroso que puede ser experimentar con nuestro mundo interior. Las drogas, lo mismo que distintas prácticas de concentración y retiro hacia el interior de uno mismo, a menudo hacen más mal que bien. Pero, por otra parte, se está haciendo cada vez más evidente que los que evitan el penoso encuentro con lo no visto están condenados a vivir una vida arrogante, aburrida y superficial.

Por eso, el primer trabajo, el más importante que debe exigirse a un ministro del futuro es clarificar la inmensa confusión que puede surgir cuando las personas empiezan a vivir en su nuevo mundo interior. Es un hecho pe-

⁵ *Psychology Today*, octubre de 1969.

noso darse cuenta de lo pobremente que están preparados la mayoría de los líderes cristianos cuando se les invita a ser líderes espirituales en el verdadero sentido de la palabra. La mayoría de ellos están acostumbrados a pensar en términos de organizaciones a gran escala, escuelas, hospitales, y a dirigir todos esos montajes espectaculares, como si se tratara de un director de circo. Se han convertido en personas a las que no les son familiares los movimientos significativos del espíritu. Es más, a veces se sienten asustados ante ellos. Tengo miedo de que, dentro de unas décadas, la Iglesia sea acusada de haber fracasado en su función más fundamental: ofrecer a los hombres vías creativas de comunicación con la fuente de la vida humana.

¿Cómo podemos evitar este peligro? Creo que sólo si entramos primeramente en nosotros, para empezar a unificar nuestra existencia y a familiarizarnos con las complejidades de nuestras vidas interiores. En cuanto nos sintamos en el hogar en nuestras propias casas, descubramos los rincones oscuros, lo mismo que los puntos luminosos, las puertas cerradas, lo mismo que las habitaciones que están ahí pero que no aparecen en los planos de nuestra propia vida interior, desaparecerá nuestra confusión, nuestra ansiedad disminuirá y seremos capaces de realizar un trabajo creativo.

En este caso, la palabra clave es unificación. El hombre que puede unificar, articular los movimientos de su vida interior y poner nombres a sus distintas experiencias ya no tiene por qué ser víctima de sí mismo, sino que es capaz, despacio, pero sin pausa, de remover los obstáculos que impiden la penetración del Espíritu. Es capaz de crear un espacio para Él, cuyo corazón es más grande

que el suyo, cuyos ojos ven más allá que los suyos y cuyas manos pueden curar más que las suyas.

Pienso que esta articulación es la base para un liderazgo en el futuro porque sólo quien es capaz de articular su propia experiencia puede ofrecerse él mismo a los otros como fuente de clarificación. Por eso, el líder cristiano es, en primer lugar, un hombre que quiere poner su propia fe articulada a disposición de los que piden su ayuda. En este sentido, es siervo de los siervos porque es el primero en entrar en la tierra prometida, prometida pero peligrosa; el primero en hablar a los que están asustados, de lo que él ha visto, oído y tocado.

Esto puede sonar muy teórico pero las consecuencias concretas son evidentes. En la práctica, en todas las funciones sacerdotales, tales como el acompañamiento espiritual, la predicación, la enseñanza y la liturgia, el ministro intenta ayudar a las personas a reconocer el trabajo de Dios en ellas. El líder cristiano, ministro o sacerdote, no es quien revela a Dios a su pueblo, quien da a los que nada tienen, sino alguien que ayuda, a los que están buscando, a descubrir la realidad como fuente de su existencia. Podemos muy bien decir que el líder cristiano guía al hombre a la confesión, en el sentido clásico de la palabra: a la afirmación básica de que el hombre es hombre y Dios es Dios, y de que sin Dios, el hombre no puede llamarse hombre.

En este contexto pastoral, el acompañamiento espiritual no es meramente un uso hábil de las técnicas adecuadas para reconducir a las personas hacia el reino de Dios, sino un encuentro humano profundo en el que un hombre desea poner su propia fe y sus dudas, su esperanza y su desesperación, su propia luz y su oscuridad a disposición de los que quieren encontrar un camino en me-

dio de su confusión y palpar el centro nuclear, sólido, de la vida. En este contexto, predicar significa algo más que dar vueltas alrededor de la tradición. Es más bien una unificación, una articulación cuidadosa e inteligente de lo que pasa en la comunidad, para que los que escuchan puedan decir: «Dices lo que sospeché, expresas lo que vagamente sentí, aquella orientación esencial de mi vida que he guardado temerosamente en el trasfondo de mi mente. Sí, sí, dices lo que somos, te das cuenta de nuestra condición...».

Cuando un hombre que escucha es capaz de decir esto, el campo está roturado para que los demás puedan también recibir la palabra de Dios. Ningún ministro tiene por qué poner en duda que la palabra va a ser recibida. Especialmente los jóvenes no tienen por qué escapar de sus miedos y esperanzas sino que pueden mirarse a sí mismos en la cara del hombre que los guía. Ésta les hará entender las palabras de salvación que en el pasado les sonaban a menudo como procedentes de un mundo no familiar, extraño.

Enseñar en este contexto no significa contar las viejas historias una y mil veces, sino ofrecer los canales por medio de los cuales las personas pueden descubrirse a sí mismas, clarificar sus propias experiencias y encontrar los cimientos en los que la palabra de Dios pueda asentarse firmemente. Y, finalmente, en este contexto, la liturgia es mucho más que un ritual. Puede convertirse en una auténtica celebración cuando el responsable de la liturgia es capaz de poner nombre al espacio donde el gozo y la tristeza se encuentran íntimamente unidas y forman el lugar en el que es posible celebrar ambas cosas, la vida y la muerte.

Por eso, la primera, la misión más importante del líder

cristiano en el futuro será guiar a su pueblo en el viaje de salida de la tierra de la confusión a la tierra de la esperanza. Él, el primero, debe tener el coraje de ser un explorador del nuevo territorio en sí mismo y articular sus descubrimientos como condición indispensable para prestar un servicio a esta generación preocupada por su mundo interior.

La compasión

Al hablar de la articulación como forma de liderazgo, hemos sugerido también el lugar que ocupará el líder del futuro. No «allá arriba», lejos, o en un lugar secreto, sino en medio del pueblo, totalmente expuesto a las miradas de los demás.

Sabemos muy bien que la futura generación está volcada sobre su interior y busca una cierta articulación. Pero también es una generación a la que le falta la sensación de tener unos padres y que busca una nueva forma de autoridad. Es lo que nos lleva a pensar cuál será la naturaleza de esa autoridad. No encuentro otro nombre mejor que el de compasión. Ésta debe convertirse en el centro, e incluso en la naturaleza de la autoridad. Para la futura generación, el líder cristiano es primeramente un hombre de Dios. Pero para que ejerza un auténtico liderazgo tiene que ser capaz de hacer visible, capaz de hacer creíble en su propio mundo, la compasión de Dios hacia el hombre, como se manifiesta en Jesucristo.

El hombre compasivo vive con su pueblo, pero no se deja atrapar por el conformismo de las fuerzas del grupo con el que hace el viaje de esta vida. Nunca se dejará

arrastrar por una compasión enfermiza, ineficaz, ni tampoco por una simpatía que nos ciega respecto a la globalidad de la realidad humana. La compasión nace cuando descubrimos en el centro de nuestra existencia no solamente que Dios es Dios y el hombre es hombre, sino también que el que vive a nuestro lado es realmente nuestro prójimo.

Por medio de la compasión es posible reconocer que el ansia de amor que siente el hombre reside también en nuestros propios corazones, que la crueldad que el mundo nos hace tan patente está arraigada en nuestros propios impulsos. Poseídos por la compasión, también vivimos en los ojos de nuestros amigos la esperanza de ser perdonados así como nuestro odio en sus bocas amargas. Cuando matan, sabemos que también nosotros podríamos hacerlo; cuando dan la vida, nos hacemos conscientes de que nosotros podemos hacer lo mismo. Para un hombre lleno del sentido de la compasión, nada humano le resulta ajeno: ni el gozo, ni la pena, ninguna forma de vida o de muerte.

Esta compasión es autoridad porque no tolera las presiones en el interior del grupo sino que rompe las barreras entre lenguas y países, ricos y pobres, educados y analfabetos. Arroja de nosotros a las personas de la elite que imponen el miedo e impulsa a todos hacia un mundo amplio donde se pueda ver que todo rostro humano es el rostro de un prójimo auténtico. Por eso, la autoridad de la compasión da al hombre la posibilidad de perdonar a su hermano, porque el perdón es solamente real cuando lo otorga el que ha descubierto la debilidad de sus amigos y los pecados de su enemigo en su propio corazón y desea conceder el nombre de hermano a todo ser humano. De esta forma, también una generación, ca-

rente de la sensación de tener padres, busca hermanos capaces de liberarse de su miedo y ansiedad, y puede abrir las puertas de su mente estrecha y mostrarles que el perdón es una posibilidad que amanece en el horizonte de la humanidad.

El hombre compasivo, que apunta hacia la posibilidad del perdón, ayuda a los otros a liberarse de las cadenas de su vergüenza paralizante, les permite vivir su propia culpabilidad y restaurar su esperanza de cara a un futuro en el que el cordero y el león puedan dormir juntos.

Pero debemos ser conscientes de la gran tentación a la que se enfrentará el ministro cristiano del futuro. En cualquier parte, los líderes cristianos, lo mismo hombres que mujeres, se han hecho progresivamente conscientes de la necesidad de una formación y de un entrenamiento específicos. Esta necesidad es realista, y el deseo de más profesionalismo en el ministerio, comprensible. Pero el peligro está en que en vez de llegar a la libertad para dejar crecer al espíritu, el futuro ministro pueda enredarse él mismo en las complicaciones de su propia competencia adquirida y se sirva de su especialización como de una excusa para soslayar una misión mucho más difícil, la de ser compasivo. La misión del líder cristiano es la de sacar a flote lo mejor que tiene el hombre e impulsarlo hacia delante, hacia una comunidad más humana. El peligro está en que su ojo, hábil a la hora de hacer un buen diagnóstico, se convierta más en un ojo que hace análisis detallados y distantes, que en el ojo de alguien que, con sentido de compasión, haga el camino con su hermano. Y si los sacerdotes y ministros del mañana piensan que la solución al problema del liderazgo cristiano de cara a la próxima generación es una mejor preparación, pueden acabar sintiéndose más frustrados y desilusionados que

los líderes de hoy. La estructura y el entrenamiento son tan necesarios como el pan para los hambrientos. Pero lo mismo que el pan, dado sin amor, puede llevar a la guerra en vez de a la paz, el profesionalismo sin compasión convertirá el perdón en un truco publicitario y el reino que tiene que venir en una venda que cubre los ojos.

Esto nos lleva a estudiar la característica final del líder cristiano de la generación futura. Si no quiere convertirse en uno más de la larga serie de profesionales que intentan ayudar al hombre con sus habilidades específicas, si realmente quiere ser un agente que guíe de la confusión a la esperanza y del caos a la armonía, debe sentirse él mismo no solamente unificado interiormente y compasivo, sino que tiene que ser también, y en el mismo grado, contemplativo en su corazón.

El ministro como hombre contemplativo

Hemos dicho que la generación preocupada por su mundo interior, que no vive el sentido de tener padres, quiere desesperadamente cambiar el mundo en el que vive, pero tiende a actuar por impulsos, de forma desordenada, ante la falta de alternativas fiables. ¿Cómo puede el líder cristiano dirigir su energía hacia los canales de la creatividad y ser realmente un agente de cambio? Esto puede sonar sorprendente y quizá incluso contradictorio. Pero es que pienso que lo que realmente se pide al líder cristiano del futuro es que sea un contemplativo crítico.

Confío en ser capaz de prevenir a mis lectores de la asociación frecuente de la palabra contemplativo con una vida que se desarrolla detrás de unos muros, con un

mínimo contacto con lo que pasa en un mundo que se mueve a una velocidad vertiginosa. Lo que tengo en la mente es una forma de contemplación muy activa, muy comprometida, una forma atractiva de contemplación. Creo que debo una aclaración al lector.

El hombre que no sabe hacia dónde va o qué clase de mundo es aquel al que se orienta, que se pregunta si traer al mundo hijos en este universo caótico en el que está viviendo no es un acto de crueldad en vez de un acto de amor, se sentirá a menudo tentado de convertirse en un ser sarcástico y hasta cínico. Se ríe de sus amigos tan ocupados, pero no ofrece ninguna alternativa a esa actividad. Protesta contra muchas cosas, pero no sabe por qué luchar, de qué verdad ser testigo.

Pero el ministro cristiano que ha descubierto en sí mismo la voz del Espíritu y ha redescubierto a los hombres, sus compañeros de viaje, ayudado por el sentido de la compasión, puede mirar a las personas con las que se encuentra, los contactos que hace y los hechos de los que forma parte, de una manera diferente. Puede revelar a sus hermanos las primeras líneas del nuevo mundo detrás del velo de la vida diaria. Como contemplativo crítico mantiene una cierta distancia, para impedir ser absorbido por lo que es más urgente y más inmediato. Pero esa misma distancia le permite mostrar la belleza real del hombre y de su mundo, que siempre es diferente, fascinante, nueva.

No es misión del líder cristiano ir de un lado para otro intentando nerviosamente redimir a las personas, salvarlas en el último minuto, ponerlas en el buen camino. Porque hemos sido redimidos una sola vez y para siempre. El líder cristiano está llamado a ayudar a los demás a afirmar estas grandes buenas nuevas y a hacer visible en

los acontecimientos diarios el hecho de que detrás de la cortina sucia de nuestros penosos síntomas hay algo grande que ver: la cara de Aquel a cuya imagen hemos sido modelados. De esta forma el contemplativo puede ser un líder para una generación convulsionada, porque puede romper el círculo vicioso de las necesidades inmediatas que exigen una satisfacción también inmediata. Puede orientar los ojos de los que quieren mirar más allá de sus impulsos, hacia canales de creatividad.

Vemos que el futuro ministro cristiano no puede ser considerado de manera alguna como alguien preocupado solamente por ayudar a los individuos a adaptarse a las demandas del mundo. De hecho, el líder cristiano, capaz de ser un contemplativo crítico, será un revolucionario en un sentido absolutamente real. Porque probando todo lo que ve y escucha, para darse cuenta de su autenticidad evangélica, es capaz de cambiar el curso de la historia y arrancar a las personas de sus paroxismos, orientándolas hacia una acción creativa, que construirá un mundo mejor. No respalda cualquier bandera de protesta para estar al día con los que expresan su frustración más que sus ideas. Tampoco se une fácilmente a los que piden mayor protección, más policía, más disciplina y más orden. Mirará de forma crítica todo lo que pasa a su alrededor y tomará sus decisiones, basadas en una mirada interior a su propia vocación y no en el deseo de popularidad o en el miedo a ser rechazado. Criticará a los que protestan tanto como a los que se dedican a contemplarlos, cuando los motivos de ambos para esa actitud pasiva o revolucionaria sean falsos y sus objetivos dudosos.

El contemplativo no siente una necesidad imperiosa ni una ambición ansiosa de contactos humanos, sino que

es guiado por la visión de lo que ha contemplado más que por las preocupaciones triviales de un mundo posesivo. No va de un lado para otro, de la exaltación a la depresión, arrastrado como una hoja muerta por las modas del momento, porque está en contacto con lo que es básico, central y último. No permite a nadie adorar a ídolos, e invita constantemente a sus hermanos los hombres a plantearse preguntas reales, a menudo penosas y molestas, a mirar qué es lo que hay bajo la superficie de una conducta anodina y a retirar todos los obstáculos que le impiden llegar al corazón de lo que importa. El contemplativo crítico se quita la máscara ilusoria de un mundo manipulador y tiene el coraje de mostrar en qué consiste la situación real del mundo. Sabe que muchos le toman por payaso, por loco, por un peligro para la sociedad y una amenaza para la humanidad. Pero no le asusta morir, puesto que su visión le hace trascender la diferencia entre la vida y la muerte y le otorga la verdadera libertad para hacer lo que tiene que hacerse aquí y ahora, sin importarle los peligros que eso conlleva.

Más que nada, contemplará los signos ciertos de esperanza en la situación en la que él mismo se encuentra. La crítica contemplativa está embebida de la sensibilidad necesaria para poder darse cuenta de la pequeña semilla de mostaza y la confianza para creer que «cuando ha crecido, es el mayor arbusto entre todos los que hay en el campo, y se convierte en un árbol, de tal forma que los pájaros vengán a refugiarse en sus ramas» (*Mt* 13, 31-32). Sabe que si hay una esperanza de conseguir un mundo mejor en el futuro, los signos deben ser visibles en el presente y nunca maldecirá el ahora en favor del después. No es un ingenuo optimista que espera que sus deseos frustrados en el presente sean satisfechos en el

futuro. Tampoco un amargado pesimista que repite una y mil veces que el pasado le ha enseñado que no hay nada nuevo bajo el sol. Es más bien un hombre de esperanza que vive en la firme convicción de que ahora está viendo un tímido reflejo en el espejo, pero que un día se le aparecerá el futuro cara a cara.

El líder cristiano, que es capaz no sólo de ver todas las mociones del Espíritu con un sentido unificante sino también de contemplar este mundo con ojos críticos y al mismo tiempo compasivos, puede esperar que la generación de la era atómica, llena de inquietudes, no escoja la muerte como última forma desesperada de protesta, sino que opte por la nueva vida de la que él ha hecho visibles los primeros signos esperanzadores.

CONCLUSIÓN

Miramos a los ojos del joven fugitivo y lo encontramos volcado sobre su mundo interior, sin conciencia de tener padres y con una fuerte inquietud. Hemos querido evitarlos tener que tomar la terrible decisión de entregarlo al enemigo para que éste lo mate. En vez de eso, queremos llevarlo al centro de nuestra aldea y reconocer en este hombre que ha llegado al redentor del mundo aterrado. Para conseguir eso, se nos reta a que seamos hombres con sentido de unificación, compasivos y contemplativos.

¿Se trata de una tarea demasiado difícil? Sólo si pensamos que tenemos que cumplirla individual, separadamente. Pero si hay algo que se haya clarificado mejor en nuestros días es que el liderazgo es una vocación compartida, que se desarrolla trabajando estrechamente unidos en una comunidad donde hombres y mujeres pueden

darse cuenta de lo que, como señalaba Teilhard de Chardin, «para el que es capaz de ver, nada es profano».

Después de haber dicho todo esto, me doy cuenta de que no he hecho nada más que parafrasear el hecho de que el líder cristiano debe ser en el futuro lo que siempre debió ser en el pasado: un hombre de oración, un hombre que siempre siente la necesidad de orar. Puede parecer sorprendente que haya resaltado este hecho simple en este momento, pero espero haber conseguido eliminar toda aura dulce, pietista, demasiado eclesiástica, que en muchas ocasiones va unida a la palabra oración, una palabra que se usa a veces tan mal.

Porque, en un último análisis, el hombre de oración es capaz de descubrir en los otros la cara del Mesías y hacer visible lo que estaba oculto, hacer palpable lo que era inalcanzable. El hombre de oración es un líder precisamente porque por medio de su sentido de unificación del trabajo de Dios dentro de él mismo, puede librar a los demás y hacerles pasar de la confusión a la clarificación: por medio de su compasión, puede arrancarlos de los círculos cerrados de sus grupúsculos hacia el ancho mundo de la humanidad y por medio de la contemplación crítica puede convertir su inquietud radical y destructiva en un trabajo creativo en favor del mundo que ha de venir.

III

EJERCER EL MINISTERIO EN FAVOR DEL HOMBRE
SIN ESPERANZA

A la espera del día de mañana

Introducción

Cuando enjuiciamos el problema del liderazgo, normalmente lo hacemos pensando en un hombre que ofrece ideas, sugerencias o direcciones a otros muchos. Nos vienen a la mente figuras como Mahatma Gandhi, Martin Luther King, John F. Kennedy, Dag Hammarskjold, Charles de Gaulle, todos ellos hombres que jugaron un papel importante en la historia moderna y fueron, en su tiempo, el centro de la atención pública. Pero cuando queremos determinar a qué clase de liderazgo puede aspirar un cristiano, nos parece que es mejor empezar con pocas ambiciones, empezar más cerca del hogar. Ahí no existe la posibilidad de escudarse en la excusa de que uno no puede luchar por cambiar el mundo entero.

Es difícil que un hombre o una mujer no ejerzan algún tipo de liderazgo sobre otros hombres o mujeres. Entre padres e hijos, profesores y alumnos, jefes y empleados se pueden encontrar muchos modelos de liderazgo. Con medios más informales —los patios, las pandillas callejeras, sociedades académicas y sociales, aficiones y deportes de clubes—, se nos está señalando también hasta qué punto nuestra vida depende de una forma de liderazgo dada y aceptada.

En este capítulo me gustaría centrarme en las estructuras más sencillas en las que el liderazgo juega algún papel, como en el encuentro entre dos personas. En esta relación de tú a tú nos damos cuenta de que estamos totalmente envueltos en la dirección del uno por el otro, desde la visión global de las cosas hasta de nuestras mínimas convicciones. No necesitamos referirnos a hom-

bres como Hitler o Gandhi para demostrar hasta qué punto puede ser destructivo o creativo este liderazgo. Incluso en la simple forma de una conversación entre dos personas, el liderazgo puede ser cuestión de vida o muerte. Por eso, en este encuentro de persona a persona descubrimos algunos de los principios cristianos del liderazgo, que también tiene implicaciones para relaciones de liderazgo más complejas.

Una breve conversación entre un enfermo en un hospital y alguien que le visita sirve de punto de partida para nuestra discusión. El paciente, el señor Harrison, es un hombre sencillo, un trabajador del campo de cuarenta y ocho años, rechoncho, de aspecto duro y desacostumbrado a expresarse verbalmente. Procede de una sencilla familia baptista y se siente completamente desorientado en un hospital de la gran ciudad donde ha sido ingresado para ser sometido a una operación en las piernas. Sufre de una insuficiencia arterial en ellas. El visitante, John Allen, es un estudiante de teología que está haciendo un año de preparación para ejercer la pastoral hospitalaria, bajo la supervisión del capellán del hospital.

Es la segunda visita de John al señor Harrison. El enfermo está sentado en una silla de ruedas en medio de la sala común de enfermos. Está prácticamente rodeado de pacientes como él, algunos hablando entre ellos. En ese escenario tiene lugar la siguiente conversación:

John: Señor Harrison, yo soy... Vine ... a visitarle el otro día.

Señor Harrison: Ah, sí, lo recuerdo.

J.: ¿Cómo van las cosas?

H.: Bien, se lo voy a contar. Tenían que haberme operado la semana pasada. Me tenían ya dormido, me trajeron

aquí y mi corazón no respondió. Entonces les pareció que era mejor no intentarlo. Me volvieron a traer aquí y supongo que me operarán mañana.

J.: ¿Dice usted que el corazón empezó a no funcionarle?

H.: Sí, pensaron que sería demasiado peligroso seguir con la idea de la operación ante este dato con el que no contaban antes. (Pausa) Creo que ahora ya estoy preparado para la operación.

J.: Piensa que está preparado para ella.

H.: Bueno, no estoy preparado para morir. Pero pienso que la operación es necesaria. De otro modo, perderé mis piernas.

J.: No está preparado para el final, pero cree que debe hacerse algo, si es posible, para no perder las piernas.

H.: Sí (*haciendo un signo afirmativo*). Si esto es el fin, hay uno que se va a perder.

J.: Usted piensa que todo está perdido si no lo consigue por medio de una operación.

H.: ¡Sí! Me han asegurado que la operación no va a ser gran cosa. Me anestesiarán y me mantendrán aquí hasta que llegue el momento. Me han dicho que me pondrán unos tubos de plástico dentro de mi cuerpo y que ello salvará mis piernas. Mire usted cómo tengo los pies (*Se quita los zapatos y enseña sus pies*). Este dedo se me pone morado cuando estoy de pie y tengo que apoyarme en él. Podrían amputarme aquí, desde el tobillo, pero de la forma como lo van a hacer hará que se salven mis piernas.

J.: La operación vale la pena si usted puede servirse de nuevo de sus piernas.

H.: Sí. Evidentemente no quiero morir durante la operación. Preferiría acabar mi vida de muerte natural y no mientras esté dormido por la anestesia.

J.: Conoce usted la posibilidad que se da siempre de morir durante la operación pero el único medio para que usted se ponga bien es el de someterse a la operación.

H.: Sí, así es. *(Pausa)*.

J.: ¿Espera mucho de la vida cuando salga del hospital?

H.: Nada y a nadie. Solamente un duro trabajo.

J.: Sólo mucho trabajo duro.

H.: Sí, así es. Pero, bueno, voy a recobrar mis fuerzas.

Espero estar preparado para cuando empiece la recolección del tabaco.

J.: ¿Trabaja en la recolección del tabaco?

H.: Sí, la recolección empieza alrededor del mes de agosto.

J.: Hummm, no sé... *(Pausa)*.

J.: Bien, señor Harrison, espero que las cosas le vayan bien mañana.

H.: Gracias, gracias por venir.

J.: Volveré a verle. Adiós.

H.: Adiós.

John no volvió a hablar con el señor Harrison. Al día siguiente murió durante la intervención quirúrgica. Quizá sería mejor decir que «no volvió a despertar de la anestesia».

A John se le pidió que guiara al señor Harrison en este momento crítico, que le condujera a un nuevo mañana. ¿Y qué significa ese «mañana»? Para el señor Harrison significaba el principio de un retorno a la recolección del tabaco, o... una entrada en el reino más allá de la muerte.

Para llegar a una comprensión más profunda del significado del liderazgo cristiano, estudiaremos más detalladamente el encuentro entre el señor Harrison y John

Allen. Primero, analizaremos la situación del señor Harrison. Luego nos preguntaremos cómo John podría haber llevado al señor Harrison al mañana. Finalmente, haremos una exposición de los principios fundamentales del liderazgo, que se hacen visibles en este encuentro.

A) LA SITUACIÓN DEL SEÑOR HARRISON

John estaba irritado, y diríamos que hasta un poco enfadado, cuando fue a ver al capellán encargado de la pastoral del hospital poco después de la visita al señor Harrison. Tenía la sensación de que el «señor ése» era un testarudo, un hombre indiferente, con el que era difícil mantener una conversación de cierta altura. No creía que el señor Harrison hubiera apreciado de verdad su visita, y tenía la sensación de que el enfermo, dominado por la amargura, se había expresado con cierta sequedad, casi con aspereza y que en realidad había mostrado hacia su visitante más hostilidad que gratitud. John estaba profundamente contrariado y no dudó en calificar al señor Harrison de hombre imposible, es decir, todo lo contrario de un candidato agradable para una ayuda pastoral.

La reacción de John es comprensible. Como joven estudiante de teología había esperado poder tener una conversación llena de sentido con su enfermo, en la que pudiera ofrecerle algo de esperanza y de consuelo. Pero se había sentido frustrado, desanimado e incapaz de desembocar en ningún terreno. Sólo cuando empezó a escribir, leer y releer su conversación, y a discutir con su supervisor lo que realmente había sucedido, fue capaz de poner la distancia necesaria para ver la penosa situación en la que se encontraba el señor Harrison. Así pudo dar-

se cuenta de que el paciente se veía a sí mismo ahogado, totalmente dominado por una situación mecánica, impersonal, asustado por la posibilidad de morir, pero también asustado de volver a la vida anterior. Esa condición paralizante que John tendría que haber sentido y palpado profundamente antes de poder ofrecerle algún tipo de ayuda.

El medio impersonal

Para un estudiante de teología que había pasado por un colegio de primaria, otro de segunda enseñanza, la universidad y la facultad de teología, era difícil imaginarse qué significaba para un hombre de cuarenta y ocho años encontrarse rodeado de la tecnocracia de un hospital moderno. Tuvo que ser como llegar a otro planeta donde la gente se viste, se comporta, habla y actúa de una forma extraña, que infunde miedo. Las enfermeras de blanco, con su eficiente manera de lavar, alimentar y vestir a los enfermos; los médicos, que van de cama en cama con los historiales de los pacientes, tomando notas y dando órdenes en un lenguaje totalmente extraño; las numerosas máquinas, que se sentía completamente incapaz de identificar, con infinidad de tubos conectados a botellas y todos los extraños olores, ruidos y alimentos tuvieron que hacerle sentir al señor Harrison como un niño pequeño, perdido en un bosque oscuro, lleno de monstruos pavorosos por todas partes. Nada le era familiar, comprensible; no había nada a lo que de alguna manera pudiera agarrarse como a una tabla de salvación en medio de su naufragio. De la noche a la mañana, este hombre rudo, capaz de mantener su propia independencia por

medio de un duro trabajo manual, se vio a sí mismo víctima pasiva de muchas personas y de manipulaciones que le eran totalmente ajenas. Había perdido el control sobre sí mismo. Un grupo anónimo de «esa gente» se había apoderado de él. «Me han medicado, me han traído aquí... han decidido que era mejor no intentarlo. Han vuelto a traerme aquí...»

Este lenguaje nos hace ver que el señor Harrison sentía que unos poderes extraños le habían robado su identidad. La operación en sus piernas se había convertido en una letanía de hechos que no respondían a las coordenadas de su mundo, una manipulación. Su propia presencia parecía no deseada en el proceso: «Me van a seguir medicando y me van a mantener aquí hasta que llegue el momento de la operación. Me han dicho que me van a meter unos tubos de plástico en mi cuerpo y que eso salvará mis piernas».

Para el señor Harrison «ellos» estaban trabajando como si su presencia en el hospital fuera sólo un hecho accidental. No se valoraba, ni siquiera se le pedía su propia iniciativa, ni una sola pregunta o respuesta, ningún interés de respeto o estímulo. Según la propia expresión del señor Harrison, «hacen cosas para ello».

John deseaba ofrecer su ayuda pastoral en medio de este ambiente totalmente impersonal.

El miedo a la muerte

Mientras John estudiaba las palabras exactas del informe de su conversación con el señor Harrison, descubrió que la muerte se había convertido en el centro de las preocupaciones de su enfermo. De alguna manera, el

señor Harrison se había dado cuenta de que su situación era ya una cuestión de vida o muerte. Tres veces durante su corto intercambio de palabras con el señor Harrison, éste se refirió a su miedo a morir, mientras que John pareció eludir constantemente el tema, o al menos encubrir su penosa realidad.

El señor Harrison temía una muerte impersonal, una muerte en la que él no tuviera parte, de la que no fuera consciente, o que fuera más real en las mentes de los muchos poderes que funcionaban alrededor de él que en la suya propia.

El señor Harrison tuvo que intuir de alguna manera que se le negaba la oportunidad de morir como un hombre. «Evidentemente, no me gustaría morir durante la operación. Preferiría morir de forma natural, y no mientras esté dormido por la anestesia.» Se dio cuenta de que en el medio mecánico, incomprensible, al que le habían traído «ellos», su muerte no era más que una parte del proceso de manipulación humana en el que a él le habían dejado de lado. Hubo un momento de protesta en su advertencia desesperada. Él, un campesino que había trabajado duramente para ganarse la vida, que había tenido que confiar totalmente en su propio cuerpo, sabía que tenía derecho a morir su propia muerte, una muerte natural. De-seaba morir de la misma forma en que había vivido. Pero su protesta fue débil, y debió darse cuenta de que no tenía otra elección. Le harían perder la conciencia, le dormirían, pararían su vida, sumiéndole en un estado como de sueño, a base de medicamentos que le llevarían a ese estado de inconsciencia. Sabía que si moría en ese momento, sería un ausente, justo en ese momento, el más crucial de la existencia humana. Realmente, al señor Harrison no le asustaba fundamentalmente la posibilidad

de morir durante la operación, sino sobre todo el hecho de que la muerte, una realidad que él quería vivir conscientemente, le fuera arrebatada. Que de hecho, él no moriría, sino que sencillamente no recobraría el conocimiento.

Pero había más, mucho más. El señor Harrison no estaba preparado para morir. Dos veces intentó dar a conocer a John su total desesperación, pero no le escuchó. Cuando John le dijo: «Siente que está preparado para ello», refiriéndose a la operación, ¿qué es lo que había realmente en la mente del señor Harrison? «Bueno, no estoy preparado para morir... Si éste es el fin, hay uno que se va a perder». Solamente podemos intentar adivinar lo que subyacía bajo estas palabras llenas de desesperación y agonía. Quizá algo demasiado difícil para que John lo asumiera y actuara en consecuencia. Intentó suavizar la dura realidad. Llamó a la muerte «el final», y transformó «hay uno que se va a perder» en un «la causa». Al suavizar las palabras del señor Harrison, John eludió enfrentarse con la agonía personal de su paciente.

Nadie puede entender todas las implicaciones personales del lamento del señor Harrison: «Si éste es el final, hay uno que se va a perder». ¿Qué significa realmente ese «que se va a perder»?

No sabemos, pero teniendo en cuenta su pasado baptista y su vida ruda, solitaria, bien pudiera significar que estaba hablando sobre la condenación y que preveía una vida eterna en el infierno. Este hombre de cuarenta y ocho años, sin familia ni amigos, sin nadie cerca para hablar con él, para comprenderlo o perdonarlo, encaraba la muerte con el peso de un penoso pasado sobre sus hombros. No tenía ni idea de las muchas imágenes que le venían a la mente en ese momento, pero un hombre

tan solitario y desesperado como el señor Harrison, probablemente se sentía incapaz, teniendo en cuenta las experiencias pasadas que se habían sedimentado en él, de alimentar una idea del Dios del amor y del perdón. Más aún, si la hora de la muerte nos trae a menudo recuerdos de nuestro pasado, bien pudiera ser que los sermones de su iglesia baptista, que había oído de niño, y que amenazan con castigos eternos al hombre que ha vivido entregado a los «placeres de este mundo», le volvieran a la conciencia en ese momento con toda su viveza horripilante, forzando al señor Harrison a identificarse él mismo con «uno de esos que se va a perder». Quizá no había pisado una iglesia durante años y no se había encontrado con un ministro desde su infancia. Quizá la aparición del joven capellán, John, junto a su silla de ruedas, fue el detonante para que todas las advertencias, prohibiciones y amonestaciones de su infancia volvieran a él e hicieran que las transgresiones de su vida de adulto supusieran un peso insoportable que iba a llevarle al infierno sin remedio.

Realmente no sabemos qué es lo que pasó por la cabeza del señor Harrison. Sin embargo, no hay razón alguna para subestimar la agonía de sus palabras. Esa especie de monosílabos, de examen de conciencia personal que vivía en aquellos momentos el paciente, expresado con «es posible» o «quizá» pueden al menos hacernos conscientes de lo que significa para un hombre entregar sus cuarenta y ocho años de vida al día del juicio.

«No estoy preparado para morir». Esto significa que el señor Harrison no estaba preparado para el acto de confianza del rendimiento. No estaba preparado para entregar su vida en esperanza y en paz. Su sufrimiento pre-

sente era pequeño comparado con lo que le esperaba más allá de los límites de la vida. El señor Harrison temía la muerte en su forma más existencial. Pero, ¿deseaba vivir?

El miedo a la vida

Hay pocos enfermos que no esperen su recuperación cuando afrontan una operación. La compleja industria hospitalaria existe para curar, restablecer, para devolver a las personas a su vida normal. Todos los que han visitado un hospital y han hablado con los enfermos conocen que «mañana» significa un día más cercano a su hogar, a los viejos amigos, al trabajo, a la vida diaria. Los hospitales son lugares que las personas esperan y quieren abandonar lo antes posible.

Un hombre que no quiere abandonar el hospital se niega interiormente a colaborar con la finalidad general de la institución y limita el poder de todos los que quieren ayudarle. ¿Deseaba realmente el señor Harrison recobrar su salud? Sabemos que le asustaba la idea de morir. Pero eso no quiere decir que quisiera vivir. Volver a la vida normal significa, en parte, volver a los que te esperan. Pero, ¿quién esperaba al señor Harrison? John fue consciente de la soledad del paciente, la palpó sensiblemente cuando le preguntó: «¿Espera mucho de la vida cuando salga del hospital?». Esta pregunta abrió una profunda herida, y el enfermo contestó: «Nada y a nadie. Solamente un duro trabajo».

Es muy difícil, si no imposible, para un hombre joven, lleno de salud, darse cuenta de lo que significa el hecho de que a nadie le importe el que vivas o mueras. El

aislamiento es uno de los peores sufrimientos humanos, y para un hombre como John la experiencia del aislamiento estaba muy alejada de él. Tenía su superior con el que hablar, sus amigos con los que compartir sus ideas, su familia y todos los que de una manera o de otra estaban interesados en su persona y en su salud. Por el contrario, ¿qué es la vida para uno al que nadie espera, a quien no le aguarda más que un duro trabajo en la recolección del tabaco, cuyo solo motivo para la curación es recobrar la fuerza suficiente para la recolección? Ciertamente la vida no representaba para él ningún reclamo, no le arrancaba del aislamiento, causa fundamental del proceso destructivo de su cuerpo. ¿Para qué tenía que volver a la vida el señor Harrison?

¿Sólo para emplear unos pocos años más en su lucha bajo el sol abrasador y ganar el dinero suficiente para alimentarse y vestirse, hasta que se le considerase no apto para un trabajo duro y morir de muerte natural? La muerte puede ser un infierno, pero la vida, a veces, no lo es menos.

Realmente el señor Harrison no quería seguir viviendo. Temía esa vida que le daba tan pocas satisfacciones y mucho dolor. Le dolían las piernas y sabía que sin piernas no habría vida para él. Pero sus piernas no podían proporcionarle amor. No le prometían más que un duro trabajo, y eso era un pensamiento aterrador.

John encontró al señor Harrison en un medio impersonal, tan asustado de morir como de vivir. Desconocemos la gravedad de la enfermedad del paciente de nuestro relato, y no sabemos las posibilidades que tenía de sobrevivir a la operación. Pero no estaba preparado para ella. No comprendía lo que pasaba a su alrededor. No quería ni vivir ni morir. Se sentía atrapado sin remedio en

una terrible trampa. Cualquier salida sería fatal para él, una condena al infierno o a un duro trabajo.

Ésa era la situación real del señor Harrison. Como muchos, sufría de una parálisis psíquica en la que sus aspiraciones más profundas habían sido cercenadas, sus deseos bloqueados, sus esfuerzos frustrados y su voluntad encadenada. En vez de un hombre lleno de amor y de odio, de deseo o de rabia, de esperanza o de dudas, se había convertido en una víctima pasiva, incapaz de orientar su propia historia. Cuando las manos de los doctores palpan a un hombre que está en esas condiciones, lo hacen sobre un cuerpo que ya no habla ningún lenguaje y que ha abandonado toda forma de cooperación. No puede luchar para ganar la batalla de la vida o rendirse pacíficamente, si sus posibilidades de ganar disminuyen. Bajo las manos del cirujano, el señor Harrison no tenía nombre, y ni siquiera exigía tener uno. Se había convertido en un cuerpo anónimo que había perdido hasta la capacidad para vivir. Se limitó simplemente a esperar a que todo se detuviese.

Como todos nosotros sabemos, el caso del señor Harrison no es un caso aislado. Muchas personas son prisioneras de su propia existencia. La situación del señor Harrison es la de todos los hombres y mujeres que no entienden el mundo en el que se encuentran, y para los que la muerte, lo mismo que la vida, se presenta como una pesada carga, un nubarrón de miedos.

Y también hay muchos como John. Existe una multitud de hombres y mujeres idealistas, inteligentes, que quieren liberar a los demás y orientarlos hacia el mañana. ¿Cómo liberar a personas como el señor Harrison de su parálisis y guiarlos al mañana donde puedan empezar una nueva vida? Es la pregunta que debemos plantearnos ahora.

B) CÓMO GUIAR AL SEÑOR HARRISON HACIA EL DÍA DE MAÑANA

John visitó al señor Harrison. La pregunta obvia es ésta: ¿Qué pudo o debió hacer John por él? Pero planteada así, la pregunta no es correcta porque la situación del paciente no era tan evidente y comprensible. Quizá incluso ahora, después de muchas horas de análisis cuidadoso de ese breve intercambio de palabras, sigamos teniendo sólo una comprensión parcial de lo que le pasaba al paciente. Es demasiado fácil criticar las respuestas de John y hacer ver ahora la cantidad de fallos que cometió en su obligación y en su intento de hacerse cercano al señor Harrison. Realmente, a primera vista se da un claro intento de parte de John de escuchar a su enfermo y aplicar las reglas de un estilo de aconsejar no directivo que aprendió en sus clases. Se trata de algo académico, difícil y, evidentemente, lleno de sentimientos de miedo, duda, confusión, preocupación de uno mismo y distanciamiento. John y el señor Harrison representan dos mundos tan diferentes en la historia, de pensamiento y de sentimientos, que es totalmente falto de realismo, si no ya inhumano, esperar que hubieran sido capaces de entenderse mutuamente en dos conversaciones más bien casi de pasada. Incluso es pretencioso pensar que nosotros, con nuestras distinciones académicas, hubiéramos sido capaces de llegar a entender quién era ese trabajador del campo y cómo se enfrentaba a la muerte. El misterio de un hombre es demasiado complejo y profundo como para ser explicado por otro hombre. Pero así y todo, la pregunta: «¿cómo podemos guiar al señor Harrison hacia el día de mañana?» sigue siendo válida. Porque un hombre necesita a otro para vivir, y cuanto más

profundamente quiere entrar en la penosa situación que él y los demás conocen, más probable es que pueda ser un líder, guiando a su gente desde el desierto hacia la tierra prometida.

Lo que sigue no es una lección para hacer ver a John los fallos lamentables que cometió a la hora de ayudar al señor Harrison y para decirle qué es lo que tenía que haber hecho, sino un intento de reconocer en la situación del enfermo la agonía de todos los hombres, el lamento desesperado del hombre en busca de una respuesta de parte de su hermano.

Probablemente, John no pudo hacer mucho más de lo que hizo durante su charla con el señor Harrison, pero el estudio de esta trágica situación humana puede revelar que la respuesta del hombre a las necesidades y a la llamada de otro, sigue siendo para este último una cuestión de vida o muerte.

La respuesta que podría haber estado al alcance de las posibilidades humanas es una respuesta personal en un medio impersonal. Por ella, un hombre puede esperar la salvación por medio de otro, tanto en la vida como en la muerte.

Una respuesta personal

Cuando los estudiantes de teología leen la conversación entre John y el señor Harrison, normalmente son muy críticos hacia las respuestas de John y ofrecen ideas sobre lo que ellos habrían dicho. Suelen razonar de esta forma: «Yo le habría dicho que pensara en las buenas experiencias que había tenido en la vida, y habría intentado ofrecerle la esperanza de una vida mejor»; o le ha-

bría explicado que Dios es misericordioso y que le perdonaría sus pecados»; o «habría intentado saber más sobre la enfermedad y hacerle ver que iba a tener muchas posibilidades de recuperarse»; o «le habría hablado sobre su miedo a la muerte, y sobre su pasado para liberarlo de su conciencia de culpabilidad»; o «le habría hablado sobre la muerte como un camino hacia una nueva vida para todo hombre que pone su confianza en Cristo».

Todas éstas, así como otras respuestas, surgidas del análisis crítico de la actuación de John, se asientan en el vivo deseo de ayudar y ofrecer un mensaje de esperanza que podría haber aliviado las penas del señor Harrison o de cualquier hombre que se encuentre en situación parecida a la suya. Pero la pregunta no se ha cerrado todavía. «¿De qué le habrían servido a un hombre muy poco formado intelectualmente, en la hora de la agonia, las palabras, explicaciones, exhortaciones y argumentos de una teología para estudiantes de esa ciencia? ¿Puede alguien cambiar las ideas, sentimientos o perspectivas de un hombre pocas horas antes de su muerte?». En una palabra, cuarenta y ocho años de vida no se tiran por la borda con unas pocas indicaciones más o menos sabias, dictadas por la buena voluntad de un seminarista. John pecó quizá de haber sido demasiado poco directivo; pudo haberle faltado valor para haber ofrecido un testimonio más claro o una preocupación más profunda. Pero ¿qué diferencia habría habido de todos modos?

Las posibilidades de la visita de John al señor Harrison jamás se pondrán de manifiesto si esperamos una salvación por un cambio de terminología, o por una nueva orientación en el orden o en la naturaleza de las palabras que usamos. Incluso podemos preguntarnos: «¿No habría

sido mejor que John no se hubiera acercado al señor Harrison, para dejarlo solo, para que el enfermo no hubiera hecho unas asociaciones de ideas morbosas a raíz de la aparición del predicador?».

Sí... salvo que en medio del anonimato causado por los elementos que rodeaban al enfermo, éste hubiera podido encontrar al hombre que con un rostro luminoso, abierto a la esperanza, le hubiera llamado por su nombre y se hubiera convertido en su hermano..., salvo que John se hubiera convertido en una persona a la que el señor Harrison hubiera podido ver, tocar, oler y oír, y cuya presencia real se le negó sin duda alguna. Si se le hubiera aparecido al señor Harrison un hombre saliendo de la nube oscura de su existencia, que le hubiera mirado, que le hubiera estrechado fuertemente sus manos en un gesto de preocupación real, esto le hubiera hecho sentir que le importaba profundamente. El vacío del pasado y del futuro nunca puede llenarse con palabras, sino solamente con la presencia de un hombre. Porque sólo entonces nacería la esperanza de producirse una excepción al «nadie ni nada» de su queja. Una esperanza que le hubiera hecho susurrar: «Quizá, después de todo, alguien me espera».

La espera en la vida

Nadie puede ofrecer su liderazgo a otros si no hace notar su presencia, es decir, si no se adelanta y emerge del anonimato y de la apatía de su medio, y hace real la posibilidad de la amistad.

Pero ¿cómo podía John, aún estando realmente presente ante el señor Harrison, y expresando su real preo-

cupación por él, arrancarle de su miedo y abrirle el camino de la esperanza en el mañana? Para empezar, debemos señalar con claridad que ni John ni ninguna persona con sensibilidad, de los que rodeaban al señor Harrison, deseaba su muerte. La operación se hacía para salvarle las piernas. Y cuando el paciente decía: «creo que puedo conseguirlo», sólo un hombre sin corazón podría criticarle esta afirmación tan prudente. Para un paciente a punto de ser operado, mañana debe ser el día de la recuperación, no el de su muerte.

La misión de John era, por tanto, reforzar el deseo del paciente de recuperarse y reanimar la llama vacilante que le alumbraba interiormente en la lucha por la vida.

Pero, ¿cómo? ¿Consiguiendo que el enfermo se diera cuenta de su falsa y peligrosa generalización, expresada en el «nada ni nadie me espera», reduciéndolo todo a una queja paralizante y centrada en sí mismo? ¿Por medio de un ataque frontal contra su falso concepto de sí mismo, diciéndole: «Míreme y trate de repetirme eso; va a ver en mis ojos que está equivocado; yo estoy aquí, y le espero; estaré aquí mañana y pasado mañana y no me va usted a decepcionar»?

Un hombre en una situación extrema no puede apearse a la vida si nadie le espera. Todo el que vuelve de un viaje largo y difícil busca a alguien que lo espere en la estación o en el aeropuerto. Todos quieren contar su historia y compartir sus momentos de pena y de gozo con alguien que esté en el hogar, que le espere a su vuelta.

Alexander Berkman, el anarquista que intentó matar al industrial capitán Henry Clay Frick en 1892, se habría vuelto loco durante los catorce años de su vida embrutecida por la prisión, si no hubiera tenido unos pocos

amigos que le esperaban a la salida¹. George Jackson, hermano de Soledad, que fue condenado a prisión en 1960, cuando tenía dieciocho años, por robar 70 dólares de una gasolinera, y que fue asesinado en 1971 cuando intentaba huir, jamás habría sido capaz de escribir el impresionante documento humano que escribió, si su madre, su padre, sus hermanos Robert y Jonathan, y su amiga Fay Stender no le hubieran esperado fuera, recibiendo sus cartas y reaccionando positiva y constantemente a sus pensamientos².

Un hombre puede mantener su salud mental y seguir vivo cuando hay al menos una persona que le espera. La mente del hombre puede gobernar su cuerpo, incluso cuando la salud está muy deteriorada. Una madre moribunda puede seguir con vida para ver a su hijo antes de dejar de luchar. Un soldado puede impedir su desintegración mental y física cuando sabe que su esposa y sus hijos le esperan. Pero cuando «nada ni nadie» espera, no hay posibilidad de sobrevivir en la lucha por la vida. El señor Harrison no tenía razón alguna para salir de la anestesia y volver a la consciencia, porque para él eso significaba llegar a una estación donde miles de personas corren a su derecha y a su izquierda, pero donde nadie levanta los brazos, nadie se le acerca con una sonrisa de haberlo reconocido, nadie le da la bienvenida a la tierra de los vivos. John podría haber sido ese hombre. Podría haber salvado la vida del señor Harrison haciendo que se diese cuenta de que volver a la vida es un don

¹ Ver *Prison Memoirs of an Anarchist*, por Alexander Berkman, New York, 1970.

² Ver *Soledad Brother, The Prison Letters of George Jackson*, New York, 1970.

para el que le espera. Miles de personas se suicidan porque no hay nadie que los espere mañana. No hay razón para vivir si no hay una persona por la que hacerlo.

Pero cuando un hombre dice a su compañero: «no dejaré que te marches, estaré aquí mañana aguardándote, y espero que no me decepciones», el mañana deja de ser un interminable túnel oscuro. Se convierte en carne y sangre en el hermano que espera y por el que quiere dar a la vida una oportunidad más. Cuando el mañana solamente significa la recolección del tabaco y un duro trabajo, además de una vida solitaria, difícilmente podría esperarse que el señor Harrison colaborase con la labor del cirujano. Pero si John hubiera permanecido en el umbral del mañana, el señor Harrison podría haber querido saber qué es lo que tenía que decirle sobre el día siguiente y habría echado una mano al médico.

No minusvaloremos el poder de la espera diciendo que la relación que es capaz de salvar una vida no puede desarrollarse en una hora. Un movimiento de ojos o un apretón de manos puede reemplazar años de amistad cuando el hombre está agonizando. El amor no es sólo algo que tiene una gran duración. A veces no necesita más que un segundo para hacerse realidad.

John podría haber salvado la vida del señor Harrison convirtiéndose para él en ese mañana.

La espera de la muerte

Pero la recuperación del señor Harrison estaba muy lejos de ser segura. Él mismo era el primero en darse cuenta de ello. Tres veces habló explícitamente sobre su muerte, y sabía que su enfermedad era lo suficientemente

grave como para poner en duda un resultado positivo de la operación. En el breve intercambio con John Allen, se vio con claridad que el señor Harrison parecía temer la muerte más incluso que volver a la vida. ¿No resulta ridícula la presencia de John para un hombre que, con muchas posibilidades, no vivirá al día siguiente? Muchos pacientes han sido engañados con cuentos sobre su recuperación y con una vida mejor después de ella, aunque pocas de esas personas que trataban de consolar así al enfermo creían en sus propias palabras. ¿Qué sentido tiene hablar sobre la espera del día de mañana cuando esas palabras, muy probablemente, van a ser las últimas dirigidas a un enfermo?

Aquí tocamos el punto nuclear del encuentro de John con el señor Harrison. ¿Cómo puede un hombre que parece gozar de buena salud, inteligente, mostrarse a sí mismo y hacerse realmente presente a un hombre en el cual las fuerzas de la muerte están ya trabajando? ¿Qué puede significar para un hombre que está muriendo ver frente a él a un hombre para el que la vida apenas ha empezado? Parece más bien una tortura psicológica, en la que un joven le recuerda a un moribundo que su vida podría haber sido tan diferente, pero que ahora ya es demasiado tarde para cambiar.

La mayor parte de las personas en nuestra sociedad no quieren angustiarse mutuamente con la idea de la muerte. Quieren un hombre que muera sin darse cuenta de que la muerte se está acercando. Evidentemente, John no podría conducir al señor Harrison al mañana jugando con él a esa falsedad. En vez de orientarlo, habría conseguido todo lo contrario. Le habría robado su derecho humano a morir.

Pero, ¿habría podido John decir realmente «le espe-

raré», si esto hubiera sido sólo verdad en el caso de la recuperación del señor Harrison? ¿O puede un hombre esperar a otro, pásele lo que le pase, incluida la muerte? Frente a la muerte apenas hay diferencia entre John y el señor Harrison. Los dos van a morir. La diferencia está en el tiempo. Pero ¿qué significa el tiempo cuando dos personas se han descubierto la una a la otra como compañeras? Si la espera de John hubiera podido salvar la vida del señor Harrison, el poder de esta espera no estaría condicionado por la recuperación del señor Harrison, porque cuando dos personas se han hecho presentes la una a la otra, la espera de una debe ser capaz de cruzar la estrecha frontera que separa la vida de una y la muerte de la otra.

El señor Harrison estaba asustado por la idea de la muerte, por su posible condenación eterna, y con ella, por la perpetua prolongación de su aislamiento. Todo aquello que pudiera significar para el señor Harrison el infierno, llevaba consigo de antemano su rechazo total. Pero si fue capaz de aceptar la presencia de John, debería haber sentido que al menos alguien protestaba contra su miedo y que en la hora de la muerte no estaba solo.

Está dentro de las posibilidades reales que un hombre sea creíble en el momento de la muerte por el que está a punto de sufrirla, expresar una solidaridad, basada no realmente en la vuelta a la vida diaria, sino en la participación en la experiencia de la muerte que pertenece al núcleo de la realidad del ser humano. «Te esperaré» significa mucho más que «si te sale bien la operación, aquí estaré yo contigo de nuevo». No habrá ningún «si» condicional. «Te esperaré» va más allá de la muerte y es la expresión más profunda del hecho de que la fe y la es-

peranza pueden pasar, pero el amor permanecerá para siempre. «Te esperaré» es una expresión de solidaridad que rompe las cadenas de la muerte. En aquel momento John ya no es un capellán intentando dar unos buenos consejos, y el señor Harrison ha dejado de ser el trabajador del campo que duda sobre si saldrá con bien de la operación. Más bien son dos hombres que despiertan el uno en el otro la intuición humana más profunda, que la vida es eterna y que no puede convertirse en un hecho inútil por un proceso biológico.

Uno puede conducir al otro al mañana, incluso cuando ese mañana es el día de la muerte de uno de ellos, porque él puede esperarle en cualquiera de las dos orillas del mismo lago. En realidad, ¿habría tenido tanto sentido haber devuelto al señor Harrison a la recolección del tabaco, si eso se iba a reducir para un hombre, sólo a otra espera en la galería de los condenados a muerte?

El hombre protesta contra la muerte porque no está contento con que la ejecución haya sido pospuesta. Y es esta protesta la que podría haber movilizado en el señor Harrison las fuerzas de su recuperación y la capacidad para romper el muro de sus miedos, haciendo de su muerte una entrada en una vida en la que se le esperaba. Por eso quizá John podría haber guiado con claridad al señor Harrison al mañana, haciéndose él mismo presente a él y esperándole en la vida y en la muerte. Es exactamente el deseo de John de acompañar de veras al señor Harrison en su situación paralizante lo que le habría permitido ser un perfecto guía o líder. Sólo por medio de esta participación personal podría haber librado al señor Harrison de su parálisis, y haberle ofrecido manejar las riendas de su propia historia. En este sentido, él evidentemente pudo haber salvado la vida del señor Harrison,

conlleve eso consigo o no la recuperación. De haber tenido a John esperando, el cirujano no habría tenido que actuar sobre una víctima pasiva, sino sobre un hombre capaz de tomar decisiones que tienen consecuencias importantes.

La situación del señor Harrison es algo más que la de un hombre en un determinado hospital. Es una imagen de la situación de todos. El liderazgo potencial no es exactamente una posibilidad de ponerse al día con una buena preparación teológica sino la responsabilidad de todo cristiano. Por eso, vamos a hablar finalmente sobre los principios fundamentales del liderazgo cristiano que se hacen visibles en este relato.

C) LOS PRINCIPIOS DEL LIDERAZGO CRISTIANO

¿Cómo podemos hablar acerca del liderazgo cristiano sin mencionar a Jesucristo, su vida, su crucifixión y su resurrección? La única respuesta es la que ha estado presente aquí, desde la primera página de este capítulo. La comprensión de la situación del señor Harrison y la búsqueda de una respuesta creativa están basadas en la revelación de Dios en Jesucristo. Esta revelación muestra la situación paralizante del señor Harrison, la situación del hombre. También nos revela la posibilidad de seguir a Jesucristo en una confiada espera de un algo más allá de los límites que separan la vida de la muerte. Así podemos descubrir en el encuentro entre el señor Harrison y John los principios básicos del liderazgo cristiano. Primero, una preocupación personal, que pide a un hombre entregar su vida por sus hermanos los hombres. Segundo, una fe profundamente arraigada en el valor y el sig-

nificado de la vida, incluso cuando los días parecen oscuros. Y en tercer lugar, una esperanza clara que mira siempre al mañana, incluso más allá de la muerte. Y todos estos principios están basados en la sola y única convicción de que, desde que Dios se ha hecho hombre, el hombre tiene el poder de guiar a sus hermanos hacia la libertad. Nos vamos a fijar ahora en estos tres principios que hemos deducido de la visita de John al señor Harrison.

Preocupación personal

Si hay alguna postura que perturbe a un hombre o a una mujer que sufren es la reserva, en su sentido de distanciamiento. La tragedia del ministro cristiano es que muchas personas que sienten una gran necesidad de algo, muchas que buscan un oído atento, una palabra de apoyo, un abrazo de perdón, una mano firme, una sonrisa tierna, o incluso una titubeante confesión de la incapacidad de hacer más, a menudo encuentran a sus ministros como unos hombres distantes que no quieren demasiadas complicaciones, implicaciones personales. Son incapaces, o les faltan deseos de expresar sus sentimientos y afecto, su ira, su hostilidad o su simpatía. La paradoja es que, los que quieren ser «para todos», se encuentran a sí mismos a menudo incapaces de estar cerca de nadie. Cuando todos se convierten en «mis vecinos», vale la pena preguntarse si alguien puede convertirse realmente en mi «prójimo», es decir, aquel al que siento muy cercano a mí.

Después de haber insistido tanto en la necesidad que tiene un líder de evitar que sus propios sentimientos y

actitudes interfieran en una relación personal capaz de ayudar³ parece necesario volver a establecer los principios básicos de que nadie puede ayudar sin sentirse comprometido de algún modo, sin entrar con toda su persona en la situación penosa, sin hablar del peligro de ser dañado, herido o incluso destruido en el proceso. El principio y el final de todo liderazgo cristiano es dar la vida por los demás. Pensar en el martirio puede ser una escapatoria, si no nos damos cuenta de que el martirio significa un testimonio que empieza por el deseo de llorar con los que lloran, reír con los que ríen y de hacer que sus propias experiencias, penosas o gozosas sean capaces de convertirse en fuentes de clarificación y de comprensión.

¿Quién puede salvar a un niño de una casa en llamas sin ponerse en peligro de ser abrasado por ellas? ¿Quién puede escuchar una historia de soledad y desesperación sin arriesgarse a experimentar penas semejantes en su propio corazón, e incluso a perder su preciosa paz mental? En una palabra, ¿quién puede librar a alguien del sufrimiento sin meterse de cabeza en él?

La gran ilusión del liderazgo es pensar que el hombre puede ser sacado del desierto por alguien que nunca ha estado en él. Nuestras vidas están llenas de ejemplos que nos dicen que el liderazgo requiere compartir. Mientras definamos el liderazgo en términos de prevenir o de impedir que se instalen en las almas ciertos antecedentes, o en términos de ser responsables, de alguna forma, del bien general abstracto, hemos olvidado que ningún Dios puede salvarnos, salvo el Dios sufriente, y que nin-

³ Ver el excelente estudio de Sevard Hiltner: *Counselor on Counseling*. Nesville, Tennessee, Abingdon, 1950.

gún hombre puede guiar a las personas que le han sido encomendadas de algún mundo, salvo el que se siente aplastado por sus pecados. La preocupación personal quiere decir hacer del señor Harrison el único que cuenta en un momento dado, el único por el que quiero olvidar todo el resto de mis obligaciones, aunque sean muchas, todos los compromisos programados en mi agenda y los encuentros largamente preparados, no porque no sean importantes, sino porque pierden su urgencia frente a la agonía del señor Harrison. La preocupación personal hace posible experimentar que, ir tras la oveja descarriada, es realmente un servicio para aquellos que fueron abandonados.

Muchos pondrán su confianza en el que deja todo y se preocupa solamente por uno de ellos. La indicación de que «realmente se preocupa por nosotros» es a menudo ilustrada por historias que muestran que olvidar los muchos por el uno es un signo de auténtico liderazgo.

No es solamente la curiosidad lo que hace que las personas escuchen a un predicador que habla directamente a un hombre y a una mujer cuyo matrimonio bendice, o a unos niños, o a un hombre al que da sepultura. Escuchan arraigados en una esperanza de que una preocupación personal puede dar al predicador palabras que van más allá de los oídos de los que las escuchan o de aquellos cuyos gozos o sufrimientos él comparte. Pocos escuchan un sermón que puede referirse a cualquiera, pero la mayoría atiende muy bien las palabras nacidas de la preocupación por unos pocos.

Todo esto sugiere que cuando se tiene el coraje de entrar donde se experimenta la vida de la forma más privada y única, uno toca el alma de la comunidad. El hombre que ha empleado muchas horas intentando com-

prender, sentir y clarificar la alienación y la confusión de uno de sus hermanos, puede convertirse en el mejor preparado para hacerse escuchar por las necesidades de muchos, porque todos los hombres son uno en la fuente profunda del gozo y del sufrimiento.

Es lo que Carl Rogers resaltaba cuando escribió: «... me he encontrado con que los auténticos sentimientos que me han parecido a mí los más privados, los más personales y, por tanto, los más incomprensibles para los demás, tienen una gran resonancia en muchas otras personas. Esto me ha llevado a creer que lo más personal y único en todos nosotros es probablemente el verdadero elemento, que si fuera compartido o expresado, hablaría más profundamente a los demás. Me ha ayudado a entender a los artistas y a los poetas que se han atrevido a expresar su propia unicidad»⁴. Así pues parece claro que el líder cristiano es, sobre todo, el artista que puede unir a muchas personas por su coraje de dar expresión a sus preocupaciones más personales.

Fe en el significado y en el valor de la vida

La fe en el valor y en el significado de la vida, incluso frente a situaciones desesperadas y en el caso de la muerte, es el segundo principio del liderazgo cristiano. Esto parece tan evidente que a menudo se da por sabido y se pasa por encima de esa realidad.

La visita de John al señor Harrison puede apoyarse solamente en la fe y en el valor y el sentido de la vida, que se encarna en el encuentro mismo. El liderazgo cris-

tiano es una calle sin salida cuando no se espera nada nuevo, cuando todo suena a sabido, y cuando el ministro ha entrado en el nivel de la rutina. Muchos se han encontrado a sí mismos en una calle sin salida, prisioneros de una vida en la que todas las palabras habían sido ya dichas y en la que se había encontrado ya con todas las personas.

Pero para un hombre con una fe arraigada en el valor y en el sentido de la vida, toda experiencia trae consigo una nueva promesa, todo encuentro acarrea una nueva perspectiva y todo suceso ofrece un nuevo mensaje. Pero esas promesas, perspectivas y mensajes tienen que ser descubiertos y hechos visibles. Un líder cristiano no es líder porque anuncie una nueva idea e intente convencer a los demás de su valor. Es un líder porque encara el mundo con ojos llenos de expectación, con la habilidad para arrancar el velo que cubre todas las potencialidades escondidas. El liderazgo cristiano recibe el nombre de ministerio precisamente porque expresa que en el servicio a los demás puede aportar una nueva luz. Es el servicio que regala una nueva visión a la hora de ver una flor que se abre paso entre las grietas del asfalto de una calle, que ofrece oídos para escuchar una palabra de perdón, que hasta ahora había sido enmudecida por el odio o la hostilidad, y que ofrece manos para sentir una vida nueva bajo el manto de la muerte y la destrucción. El señor Harrison no era realmente un hombre amargado y hostil, de los que oponen resistencia a la ayuda pastoral. Para un auténtico ministro, encarna la verdad de que pertenece a la dignidad del hombre tener una muerte digna, rendir la vida en vez de permitir que se la arranquen en un estado de inconsciencia. Bajo sus indicaciones, aparentemente ásperas y amargas, un cristiano oye el grito en

⁴ *On Becoming a Person*. London, 1961, p. 26.

petición de ayuda a encarar lo que está oculto tras su muerte inminente, y, sobre todo, el grito en demanda de alguien que esté con él en la vida y en la muerte.

El encuentro entre estos dos hombres en una situación de crisis no es un hecho accidental sino una llamada directa a los dos para descubrir o redescubrir la búsqueda básica de todo corazón humano. Pero esta llamada puede ser escuchada solamente por alguien que tenga una fe muy arraigada en el valor y en el sentido de la vida, por alguien que conoce que la vida no es un don estático, sino un misterio que se revela a sí mismo en los encuentros que tienen lugar entre el hombre y el mundo.

Esperanza

Mientras la preocupación personal se apoya en una fe constantemente creciente en el valor y el significado de la vida, la esperanza es la motivación más profunda para guiar a nuestros hermanos hacia el futuro. Es la que hace posible mirar más allá del cumplimiento de los deseos urgentes y apremiantes, y ofrece una visión más allá del sufrimiento humano e incluso de la muerte. Un líder cristiano es un hombre de esperanza cuya fuerza en un análisis final no se basa en una autoconfianza derivada de su personalidad, ni tampoco en una expectación concreta para el futuro, sino en la promesa que se le ha dado.

Esta promesa no hizo solamente que Abrahán viajara a un territorio desconocido. No solamente le inspiró a Moisés liberar a su pueblo de la esclavitud. Es también el motivo impulsor por el que todo cristiano se mantiene orientado hacia la nueva vida, incluso frente a la corrupción y la muerte.

Sin esta esperanza, jamás seremos capaces de ver valor o significado alguno en el encuentro con un ser en decadencia ni de sentirnos preocupados por él. Esta esperanza llega mucho más allá de las limitaciones de la fuerza psicológica de uno mismo, porque está anclada no sólo en el alma del individuo, sino en la manifestación de Dios en la historia. Por eso, el liderazgo no se llama cristiano por ser una realidad entusiasmante frente a todos los hechos de la vida, sino porque está enraizado en la venida histórica de Cristo, al que hay que entender como una brecha definitiva en la cadena determinista del ser humano y de sus errores, y como una afirmación dramática de que, al otro lado de las tinieblas, existe la luz.

Todo intento de amarrar esta esperanza a síntomas visibles en nuestro entorno se convierte en tentación cuando nos impide darnos cuenta de que las promesas, no los éxitos concretos, son la base del liderazgo cristiano. Muchos ministros, sacerdotes y cristianos laicos se han dejado arrastrar por la desilusión, amarga y hasta hostil, cuando muchos años de trabajo duro no han dado el fruto apetecido, cuando se ha conseguido sólo un cambio mínimo. Construir una vocación en la esperanza de resultados concretos, a pesar del trabajo que se haya puesto para conseguirlos, es como construir una casa sobre arena en vez de sobre una roca sólida, y hasta nos quita la capacidad de aceptar los éxitos como un don gratuito.

La esperanza nos impide apegarnos a lo que tenemos y nos libera para abandonar el lugar seguro y entrar en un territorio desconocido, que a veces nos llena de terror. Esto puede sonar a romántico. Pero que un hombre entre con sus hermanos en su miedo a la muerte y sea capaz

de esperarles justo allí, al otro lado, «abandonando el sitio seguro», puede resultar un acto difícil de liderazgo. Presupone la capacidad de convertirse en discípulo de Cristo. En él seguimos su senda difícil, de ese Cristo que entró en la muerte desposeído de todo, salvo de una esperanza desnuda.

CONCLUSIÓN

Esperar el mañana, como un acto de liderazgo cristiano nos exige una preocupación personal, una profunda fe en el valor y en el sentido de la vida, y una fuerte esperanza que rompe las barreras de la muerte. Y si es así, está muy claro que el liderazgo cristiano se cumple sólo por medio del servicio. Éste está condicionado a la voluntad de meterse de cabeza en la situación, con todas las vulnerabilidades humanas que un hombre tiene que compartir con sus hermanos los hombres. Es una experiencia penosa y de autonegación, pero que puede arrancar al hombre realmente de su prisión de confusión y de miedo. En realidad, la paradoja del liderazgo cristiano es que el camino que nos lleva hacia afuera nos devuelve hacia dentro, que sólo entrando en comunión con el sufrimiento humano podemos encontrar alivio al nuestro. Lo mismo que John fue invitado a entrar en la agonía del señor Harrison y esperarle allí, todos los cristianos son constantemente invitados a superar los miedos del prójimo entrando en ellos con él y a encontrar en el hermano de sufrimiento el camino hacia la libertad.

IV

EL MINISTERIO LLEVADO A CABO POR UN MINISTRO SOLITARIO

El que cura desde sus propias heridas

Introducción

En medio de nuestro mundo revuelto, agresivo, en plena convulsión, hombres y mujeres levantan su voz una y otra vez con increíble atrevimiento gritando que están esperando a un libertador. Pregonan la esperanza de la llegada de un Mesías, que nos libraré del odio y de la opresión, del racismo y de la guerra, un Mesías que permita que la paz y la justicia ocupen los lugares que les corresponden.

Si se supone que el ministro tiene que ser portador de la promesa de este Mesías, todo lo que podamos aprender de su llegada nos dará una más profunda comprensión de aquello sobre lo que el ministerio tiene que trabajar hoy.

¿Cómo viene nuestro libertador? He encontrado en el Talmud una antigua leyenda que puede sugerirnos el principio de una respuesta.

El rabino Yoshua ben Leví se acercó al profeta Elías cuando éste se encontraba a la entrada de la cueva del rabino Simeón ben Yohai... Le preguntó a Elías:

—¿Cuándo vendrá el Mesías?

—Vete y pregúntaselo tú mismo —le respondió el profeta.

—¿Dónde está?

—Sentado a las puertas de la ciudad.

—¿Cómo le conoceré?

—Está sentado entre los pobres cubiertos de heridas. Los demás se descubren sus heridas, todas a la vez y se las vendan de nuevo. Pero él se levanta los vendajes

uno a uno y se los va colocando de nuevo, uno a uno, diciéndose a sí mismo: «Quizá me vayan a necesitar. Si es así, tengo que estar siempre preparado, de tal forma que no tarde un instante en aparecer». (Tomado del tratado Sanedrín).

El Mesías, nos dice este relato, está sentado entre los pobres, y venda sus propias heridas una a una, esperando el momento en que se le necesite. Lo mismo pasa con el ministro. Como su misión es hacer visibles a los demás los primeros signos de la liberación, debe vendar sus heridas con cuidado, una a una, esperando el momento en que haga falta su presencia en algún sitio, junto a alguien. El que debe cuidar sus propias heridas está llamado a curar desde sus propias heridas, siempre preparado a curar las de los demás.

Es, al mismo tiempo, el ministro herido y el ministro que cura, dos conceptos que me gustaría analizar más a fondo en este último capítulo.

A) EL MINISTRO HERIDO

La historia del Talmud sugiere que, puesto que venda sus heridas una a una, el Mesías no necesitará demasiado tiempo para prepararse a ayudar a los demás. Siempre estará dispuesto a servir a algún otro, olvidando sus propias heridas. Jesús ha dado a esta historia una nueva plenitud, haciendo de su cuerpo roto un camino de salud, de liberación y de nueva vida. Como Jesús, el que proclama la liberación está llamado no sólo a cuidar sus propias heridas y las de los demás, sino también a convertir las suyas en la fuente principal de curación.

Pero, ¿cuáles son nuestras heridas? Se nos ha hablado de ellas a través de muchas voces y de distintas maneras. Se han usado palabras como «alienación», «separación», «aislamiento» y «soledad». Quizá la palabra «soledad» sea la que mejor exprese nuestra experiencia más inmediata, y por tanto, la que mejor nos capacite para entender nuestra condición de seres rotos. La soledad del ministro es especialmente dolorosa. Porque por encima de su experiencia humana de hombre que vive en una sociedad moderna, siente la soledad añadida, resultado de la velocidad con que cambia el concepto de su misma profesión ministerial.

Soledad personal

Vivimos en una sociedad en la que la soledad se ha convertido en una de las heridas humanas más dolorosas. La creciente competencia y rivalidad que envuelve nuestras vidas desde el nacimiento ha creado en nosotros un fuerte convencimiento de nuestro aislamiento. Este convencimiento ha provocado en muchas personas una creciente ansiedad y en una intensa búsqueda de la experiencia de la unidad y de la comunidad. También ha llevado a muchas personas a preguntarse de formas nuevas cómo el amor, la amistad, la fraternidad entre los hombres y las mujeres puede liberarlos a ellos y a ellas del aislamiento, y ofrecerles un sentido de intimidad y de pertenencia. Todos, nosotros y los que están a nuestro alrededor, vemos las diferentes formas por las que los ciudadanos de nuestro mundo desarrollado intentan escapar a la soledad. La psicoterapia, las numerosas instituciones que ofrecen experiencias de grupo con técnicas

de comunicación verbal y no verbal, cursos de verano y conferencias de eruditos, profesionales, el esoterismo, en el que las personas pueden compartir sus problemas comunes, y los muchos experimentos que buscan crear liturgias íntimas donde la paz no sólo se anuncie, sino que se sienta, se viva realmente, todos son intentos de romper el muro doloroso e inmovilizador de la soledad.

Pero, cuanto más recapacito sobre la soledad, más pienso que su herida es como el Gran Cañón del Colorado, una profunda incisión en la superficie de nuestra existencia, que se ha convertido en una fuente inagotable de belleza y de autocomprensión.

Por eso, me gustaría proclamar a voz en grito y con toda claridad lo que podría parecer impopular e incluso perturbador: la forma cristiana de vida no libera de la soledad. La protege y la cuida como un don precioso. A veces parece que hacemos todo lo posible para evitar la dolorosa confrontación con nuestra soledad humana. De esa forma, consentimos en ser atrapados por falsos dioses que nos prometen una inmediata satisfacción y un alivio rápido. Pero quizá el penoso reconocimiento de la soledad sea un hecho fundamental en nuestra existencia. Puede ser un don que debamos proteger y guardar, porque nuestra soledad nos revela un vacío interior que puede ser destructivo cuando es mal comprendido, pero lleno de promesas para el que puede aguantar su dulce dolor.

Cuando estamos impacientes, cuando queremos quitarnos de encima nuestra soledad e intentamos superar la separación y la sensación de que nos falta algo, que a veces experimentamos, fácilmente nos relacionamos con el mundo poniendo en él expectativas devastadoras. Ignoramos que también nosotros sabemos, desde un co-

nocimiento profundamente asentado en nosotros, intuitivo, que ningún amor o amistad, ningún abrazo íntimo o beso tierno, ninguna comunidad, comuna o colectividad, ningún hombre o mujer serán capaces jamás de satisfacer nuestro deseo de vernos aliviados de nuestra condición de solitarios. Esta verdad es tan desconcertante y dolorosa que nos hacemos más propensos a los juegos de nuestra fantasía que a hacer frente a la verdad de nuestra existencia. Así seguimos esperando que algún día encontraremos al hombre o a la mujer que realmente entienda nuestras experiencias, la mujer que traerá paz a nuestra vida inquieta, el trabajo donde podamos agotar nuestras posibilidades, el libro que nos explicará todo y el lugar donde podamos sentirnos en el hogar. Tal esperanza falsa nos lleva a hacer peticiones que llegan a agotarnos, y nos preparan para una hostilidad amarga y peligrosa, cuando empezamos a descubrir que nadie ni nada puede llenar nuestras expectativas de absoluto.

Muchos matrimonios se han roto porque ninguno de los dos miembros de la pareja ha sido capaz de llenar la esperanza, a menudo escondida, de que el otro pudiera arrancarlo de su soledad, a él o a ella. Y muchos célibes viven con el sueño ingenuo de que su soledad desaparecerá en la intimidad del matrimonio.

Cuando el ministro vive con esas falsas expectativas e ilusiones, se impide a sí mismo reclamar su propia soledad como fuente de comprensión humana, y es incapaz de ofrecer ningún servicio real a los que no entienden sus propios sufrimientos.

Soledad profesional

La herida de la soledad en la vida del ministro duele tanto más cuanto que no solamente comparte la condi-

ción humana del aislamiento, sino que nota que su impacto sobre los demás va disminuyendo. Al ministro se le pide que hable sobre las últimas preocupaciones de la vida: nacimiento y muerte, unión y separación, amor y odio. Tiene un deseo urgente de dar sentido a la vida de las personas. Pero se encuentra a sí mismo situado en las fronteras externas de todo lo que sucede y admitido solamente por cortesía en los sitios donde se toman las decisiones.

En los hospitales, donde muchos emiten su primer llanto y sus últimas palabras, los ministros son más tolerados que requeridos. En las prisiones, donde el deseo de los hombres por salir de ellas y por estar libres se vive mucho más penosamente, un capellán se siente como un espectador cuyas palabras difícilmente conmueven a los guardianes. En las ciudades, donde los niños juegan entre los edificios y las personas mayores mueren totalmente aisladas y olvidadas, las protestas de los sacerdotes son difícilmente tomadas en serio y sus peticiones quedan colgadas en el aire como cuestiones retóricas. Muchas iglesias, decoradas con palabras que anuncian la salvación y una nueva vida, son a menudo poco más que recipientes para los que se sienten muy confortables en la antigua vida, y a los que no les gusta que las palabras del ministro cambien sus corazones de piedra por hornos en los que las espadas puedan fundirse y convertirse en arados, y las lanzas en podaderas.

La penosa ironía es que el ministro, que quiere palpar el centro de las vidas de los hombres, se encuentra él mismo en la periferia, llamando, a menudo en vano, para que le admitan. Nunca parece encontrarse en el sitio en el que se desarrolla la acción, donde se hacen los planes y se discuten las estrategias. Parece siempre llegar a los

sitios equivocados, a destiempo y se topa con personas a las que no esperaba, fuera de las murallas de la ciudad. Cuando la fiesta ha terminado en ella, entra y se da de bruces con unas pocas mujeres llorosas.

Hace unos pocos años, cuando yo era capellán de la línea de buques Holanda-América, estaba de pie en el puente de un enorme trasatlántico que intentaba hacerse camino a través de una espesa niebla hasta el puerto de Rotterdam. La niebla era tan espesa que era imposible llegar a ver la proa del barco. El capitán, mientras escuchaba atentamente al operador de la estación de radar, que le estaba explicando su posición en medio de otros barcos, se paseaba nerviosamente arriba y abajo del puente y gritaba sus órdenes al timonel. Se me vino como un ciclón y me gritó como un loco: «¡Dios ha creado esta maldición, padre! ¡Fuera de mi camino!». Pero cuando empezaba a retirarme, lleno de sentimientos de impotencia y culpabilidad, se volvió hacia mí y me dijo: «¿Por qué no se queda aquí? Éste podría ser el único momento en que realmente lo voy a necesitar.»

Hubo un tiempo, no hace mucho, en que nos sentíamos como capitanes gobernando nuestros propios barcos, con un fuerte sentido de poder y autoconfianza. Ahora nos limitamos a quedarnos de pie en el puente. Esa es nuestra posición de soledad de hombres condenados a ella. No tenemos poder, se nos da de lado; somos queridos quizá por unos cuantos marineros que friegan el puente y que harían lo que fuera por tomar una cerveza con nosotros, pero que no tomarían en serio nuestras palabras cuando hiciera buen tiempo.

La herida de nuestra soledad es profunda. Quizá lo hayamos olvidado ya que hay muchas distracciones. Pero nuestro fracaso a la hora de cambiar el mundo con nues-

tras buenas intenciones y con nuestras sinceras acciones, y nuestro desplazamiento impuesto a las fronteras de los lugares en donde realmente se vive, nos ha hecho conscientes de que la herida sigue ahí.

Así vemos hasta qué punto la soledad es la herida del ministro, no sólo porque comparte la condición humana, sino también porque es la única angustia profunda de su profesión. Está llamado a curar esa herida con más cuidado y atención con la que suelen hacerlo los demás. Porque un conocimiento profundo de su propio dolor le permite convertir su debilidad en fuerza y ofrecer su propia experiencia como fuente de curación para los que, a menudo, están perdidos en la oscuridad de su propio sufrimiento incompreso. Es una llamada muy difícil, porque para el ministro que tiene que formar una comunidad, la soledad es una herida muy dolorosa, y está sometida a menudo a la no comprensión y al descuido por su parte. Pero una vez que el sufrimiento es aceptado y comprendido, ya no es necesaria la negación, y el ministro puede convertirse en un servidor que cura desde sus heridas.

B) EL MINISTRO QUE CURA

¿Cómo pueden las heridas convertirse en una fuente de curación? Es una pregunta que exige una detenida reflexión. Porque cuando queremos poner a nuestro ser herido al servicio de los demás, debemos considerar la relación entre nuestras vidas personales y profesionales.

Por una parte, ningún ministro puede guardar oculta su propia experiencia de vida a aquellos a los que quiere ayudar. Tampoco él quisiera hacerlo. Mientras un médico

puede seguir siendo un buen médico aún siendo su vida privada un desorden completo, ningún ministro puede ofrecer un servicio sin un conocimiento constante y vital de su propia experiencia. Por otra parte, se convertiría muy fácilmente en un mal si eso supusiera de alguna manera una especie de exhibicionismo espiritual. Un ministro que habla en el púlpito sobre sus problemas personales no sirve de ayuda alguna para los fieles que le escuchan, porque no hay ser humano que quiera ser ayudado por alguien que dice tener los mismos problemas. Indicaciones tales como «no os preocupéis, porque yo sufro la misma depresión, confusión y ansiedad que vosotros», no ayuda a nadie. Este exhibicionismo espiritual añade una fe muy pequeña a otra muy pequeña y crea mentes estrechas, en vez de nuevas perspectivas. Las heridas abiertas huelen mal y no curan a nadie.

Hacer de sus propias heridas una fuente de curación no es una llamada a compartir los dolores personales superficiales, sino a un constante deseo de ver el sufrimiento de uno mismo como surgiendo del fondo de la condición humana que todos compartimos. Para alguno, el concepto del que cura desde sus propias heridas puede sonar a morboso, insano. Pueden sentir que el ideal de la realización personal es reemplazado por otro de autocastigo, y el sufrimiento, colocado en un plano romántico en vez de ser criticado. Me gustaría mostrar cómo la idea del que cura a partir de sus heridas no contradice el concepto de realización o plenitud personales, sino que la profundiza y la abre a espacios mucho más amplios.

¿Cómo tiene lugar la curación? El ministro cristiano ha empleado muchas palabras, tales como cuidado y compasión, comprensión y perdón, hermano y comunidad

para fines curativos. A mí me gusta usar la palabra hospitalidad, no sólo porque tiene unas raíces profundas en la tradición judeocristiana, sino también y sobre todo, porque nos da una visión más real, básica, de la naturaleza de la respuesta a la condición humana de soledad. La hospitalidad es la virtud que nos permite romper la estrechez de nuestros miedos y abrir nuestras casas al extraño, con la intuición de que la salvación nos llega en forma de un viajero cansado. La hospitalidad convierte a los discípulos preocupados en testigos fuertes, a quienes sospechan de todo en donantes generosos, y a los fanáticos de mentes cerradas en receptores de nuevas ideas y perspectivas. Pero se nos hace difícil a nosotros, hombres de hoy, entender a fondo las implicaciones de la hospitalidad. Como los nómadas semitas, vivimos en un desierto con muchos viajeros solitarios que buscan un momento de paz, una bebida refrescante y una señal de ánimo para poder continuar luego su misteriosa búsqueda de la libertad.

¿Qué exige la hospitalidad para convertirse en poder curativo? En primer lugar, que el que hospeda se sienta en el hogar en su propia casa y, en segundo lugar, que cree un lugar libre y sin miedo para el visitante inesperado. La hospitalidad abarca dos conceptos: interiorización y comunidad.

La hospitalidad y la interiorización

La hospitalidad es la habilidad para atender al huésped. Se da muy difícilmente si estamos preocupados de nuestras propias necesidades, preocupaciones y tensiones, que nos impiden distanciarnos de nosotros mismos para atender a los demás.

No hace mucho tiempo me encontré con un sacerdote de una parroquia. Después de describirme el programa de su actividad febril —servicios religiosos, clases, compromisos para comer y cenar y reuniones para organizar distintas actividades—, dijo como para defenderse:

—Sí... pero hay tantos problemas...

Cuando yo le pregunté:

—¿Problemas de quién? —guardó silencio durante algunos minutos, y luego, temeroso, me respondió:

—Creo que los míos propios.

Así pues, sus increíbles actividades parecían en gran parte motivadas por el miedo de lo que pudiera descubrir cuando se quedara en silencio. Al final me confesó:

—Pienso que estoy tan ocupado para apartar de mí una interiorización que puede resultarme dolorosa.

Así que encontramos difícilísimo prestar atención a los demás, debido a nuestras propias intenciones. Tan pronto como ellas se apoderen de nosotros, la pregunta ya no es «¿quién es él?» sino «¿qué puedo conseguir de él?», y así no escuchamos ya lo que nos dice sino lo que podemos hacer con lo que nos dice. Entonces la necesidad que tenemos de caer simpáticos, de la amistad, de popularidad, de éxito, de comprensión, de dinero o de una carrera se convierten en nuestra preocupación, y en vez de prestar atención a la otra persona, nos imponemos a ella con una curiosidad intrusiva¹.

Todo el que quiere prestar atención, limpia de cualquier otra intención, debe quedarse en su propia casa y sin moverse, debe descubrir el centro de su vida en su propio corazón. La interiorización, que lleva a la meditación

¹ Ver James Hillman: *Insearch*, Charles Scribner's Sons, New York, 1967, p. 18.

y a la contemplación, es la condición previa, necesaria, para llegar a la verdadera hospitalidad. Cuando nuestras almas están intranquilas, cuando somos llevados por miles de estímulos diferentes, y a menudo conflictivos, y nos sentimos metidos por absoluta necesidad psicológica entre las personas, ideas y preocupaciones del mundo, ¿cómo podemos crear un espacio donde alguien diferente a nosotros pueda entrar libremente sin sentirse un intruso?

Paradójicamente, retirándonos al interior de nosotros mismos, no por autocompasión, sino con sentido de humildad, creamos el espacio para que el otro sea él mismo y para que pueda abordarnos desde sus propias realidades. James Hillman, jefe de estudios en C.G. Jung Institute en Zurich, hablando sobre la función del departamento de orientación, escribe:

Para que la otra persona se abra y hable, se requiere que el consejero se retire. Debo retirarme para hacer un espacio al otro. Este retiro, más que salir al encuentro del otro, es un intenso acto de interiorización, un modelo que puede ser encontrado en la doctrina mística judía del Tsimtsum. Dios, como omnipresente y omnipotente, estaba en todas partes. Llenaba el universo con su ser. ¿Cómo podía entonces darse la creación...? Tuvo que crear retirándose Él mismo. Creó el no Él, el otro, interiorizándose en sí mismo... En el nivel humano, el retiro hacia mí mismo ayuda al otro a convertirse en el ser.²

Pero la retirada del hombre hacia su interior es un proceso doloroso y que nos llena de sentido de soledad porque nos fuerza a enfrentarnos directamente a nuestra

propia condición en toda su belleza tanto como en toda su miseria. Cuando no nos asusta entrar en nuestro propio centro, introducimos hacia la agitación de lo más íntimo de nuestra alma, llegamos a conocer que estar vivo significa ser amado. Esta experiencia nos dice que podemos amar, sólo porque hemos nacido del amor; dar, porque nuestra vida es un don, y liberar a los demás porque hemos sido liberados por aquel cuyo corazón es más grande que el nuestro. Cuando hemos encontrado los pivotes en los que podemos anclar nuestras vidas, situados en el centro de nuestro ser, hemos alcanzado la libertad que nos va a permitir dejar que los demás, sin miedo alguno, bailen su propio baile, canten su propia canción y hablen su propio lenguaje. Entonces, nuestra presencia ya no es amenazante y exigente sino acogedora y liberadora.

La hospitalidad y la comunidad

El ministro que ha llegado a hablar de igual a igual con su propia soledad y está en el hogar de su propia casa, es un anfitrión que ofrece hospitalidad a sus huéspedes. Entonces les regala amigablemente un espacio donde puedan sentirse libres para llegar, para estar cerca y distantes, para descansar y jugar, para hablar y callar, para comer y ayunar. La paradoja es que esta hospitalidad exige la creación de un espacio vacío donde el huésped pueda encontrar su propio espíritu.

¿Por qué éste es un ministro capaz de curar? Cura porque arranca de sí mismo la falsa ilusión de que alguien puede dar la totalidad a otro. Cura porque no arroja de la persona su soledad y sufrimiento sino que le invita

² Insearch, p. 31.

a darse cuenta de su soledad en el nivel en que puede ser compartida. Muchas personas en esta vida sufren porque están ansiosas buscando un hombre o una mujer, un hecho o un encuentro que los libere de la soledad. Pero cuando entran en una casa donde realmente se da la hospitalidad, pronto ven que sus propias heridas deben ser entendidas no como fuente de desesperación y amargura sino como signos de que tienen que seguir avanzando, obedeciendo a las voces que les llaman, las de sus propias heridas.

A partir de aquí, ya podemos tener una idea del tipo de ayuda que el ministro puede ofrecer. Un ministro no es un médico cuya primera misión es quitar el dolor. Más bien, profundiza en él hasta un nivel en el que pueda ser compartido. Cuando alguien llega al ministro con su soledad, puede esperar solamente que su soledad va a ser comprendida y sentida, de tal manera que ya no tiene por qué correr para liberarse de ella, sino que puede aceptarla como una expresión de su condición humana básica. Cuando una mujer sufre la pérdida de su hijo, no llama al ministro para confortarla, diciéndole que tiene en casa dos hijos más, guapos y llenos de salud. Tiene el compromiso de ayudarla a darse cuenta de que la muerte de su hijo le revela su propia condición de ser mortal, la misma condición humana que él mismo, el ministro y otros, comparten con ella.

Quizá la tarea principal del ministro sea alertar a las personas para que no sufran por motivos equivocados. Muchas sufren por las falsas suposiciones en las que han basado sus vidas. Estas suposiciones hacen referencia a que no debería existir el sufrimiento o la soledad, la confusión o la duda. Pero estos sufrimientos solamente pueden ser tratados con sentido de creatividad cuando son

entendidos como heridas concomitantes a la naturaleza humana. Por tanto, el ministerio es un servicio que enfrenta a las personas con otras realidades. No debe permitir a las personas vivir con ilusiones de inmortalidad y de plenitud. Mantiene a los demás atentos al hecho de que son seres mortales y rotos, pero también que con el reconocimiento de esta condición empieza su liberación.

Ningún ministro puede salvar a nadie. Solamente puede ofrecerse él mismo como guía de las personas temerosas. Sí, aunque parezca una paradoja, precisamente en este tipo de guía es como se hacen visibles los primeros signos de esperanza. Es así, porque un sufrimiento compartido deja de ser paralizante, sino todo lo contrario. Es como algo que nos lanza a movernos cuando se entiende como un camino de liberación. Cuando nos hacemos conscientes de que no tenemos que escapar de nuestros sufrimientos sino que debemos ponerlos en movimiento, unidos a nosotros, en la búsqueda común de la vida, esos sufrimientos reales se transforman, de expresiones de total desilusión y desánimo, en signos de esperanza.

Por medio de esta búsqueda común, la hospitalidad se convierte en comunidad. Y lo hace en profundidad cuando crea una unidad fundamentada en la confesión compartida de nuestra condición básica de seres rotos y de la esperanza vivida en común. Esta esperanza, a su vez, nos lleva mucho más allá de nuestros límites como colectivo humano, en relación con Él que llama a su pueblo para que salga de la tierra de la esclavitud y se dirija hacia la de la libertad. Hay algo propio, específico, en la visión central de la tradición judeocristiana, y es que la llamada de Dios congrega y forma a su pueblo.

Como comunidad cristiana se caracteriza, no porque cure, sino porque las heridas y los dolores se convierten

en puertas y espacios abiertos a una nueva visión. Así, la confesión mutua se convierte en una mutua profundización de la esperanza, y el compartir la debilidad, en algo que nos recuerda personal y colectivamente la fuerza que vamos a recibir.

Si la soledad es una de las heridas fundamentales del ministro, la hospitalidad puede convertirla en fuente de curación. La interiorización impide que el ministro aburra a los demás con su dolor, y le permite aceptar sus heridas como maestras que ayudan a resolver el problema de su propia condición y la de sus vecinos. La comunidad surge donde tiene lugar el compartir el dolor, no como una forma rígida de autocompasión, sino como reconocimiento de las promesas salvadoras de Dios.

CONCLUSIÓN

Empecé este capítulo con la historia del rabino Joshua ben Leví, que preguntó a Elías: «¿Cuándo llegará el Mesías?». Esta historia tiene una conclusión importante. Cuando Elías le explicó cómo podría encontrar al Mesías, sentado en medio de los pobres a las puertas de la ciudad, el rabino Joshua ben Leví se acercó al Mesías y le saludó:

—La paz sea contigo, maestro.

—La paz sea contigo, hijo de Leví —le respondió el Mesías.

—¿Cuándo va a venir el maestro? —le preguntó.

—Hoy —le respondió.

El rabino se volvió hacia Elías, que le preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha decepcionado, porque me dijo: Llegaré hoy, y no ha venido.

—No, lo que realmente te ha dicho es «si eres capaz de escuchar su voz» —le aclaró Elías (Salmo 95.7).

Aún cuando admitimos que hemos sido llamados a curar desde nuestras heridas, sigue siendo muy difícil reconocer que la curación tiene que darse hoy. Porque estamos viviendo días en que nuestras heridas se han hecho demasiado visibles. Nuestra soledad y aislamiento forman parte hasta tal punto de nuestra experiencia diaria, que gritamos pidiendo un libertador que nos arranque de nuestra miseria y nos traiga la justicia y la paz.

Anunciar que el libertador está sentado entre los pobres, que las heridas son signos de esperanza y que hoy es el día de la liberación, es un paso que muy pocos pueden dar. Pero éste es exactamente el anuncio del que cura desde sus heridas: «El maestro llega, no mañana, sino hoy, no el próximo año, sino este año, no después de que se haya terminado nuestra miseria, sino en medio de ella, no en otro sitio, sino aquí, exactamente donde nos encontramos».

Y como es un reto, exclama:

¡Ojalá escuchéis hoy su voz!

No endurezcáis el corazón como en Meribá,

como el día de Masá en el desierto,

donde me tentaron vuestros padres, aunque habían visto mis obras (Salmo 95, 7-9).

Si escuchamos la voz y creemos que el ministro es un signo de esperanza, porque nos hace visibles los primeros rayos de luz del Mesías que viene, podemos convencernos a nosotros mismos y a los demás de que llevamos en nuestro interior la fuente de lo que a veces

buscamos por mil derroteros equivocados. Por eso, el ministro puede ser testigo de la verdad viviente de que la herida, que ahora nos causa sufrimiento, se nos revelará más tarde como el lugar donde Dios intimó con su nueva creación.

CONCLUSIÓN

Un paso hacia delante

En el último capítulo de este libro he descrito la hospitalidad como una actitud central del ministro que quiere hacer de su propia condición de herido algo útil para la curación de los demás. Espero que las implicaciones de esta actitud se hayan hecho visibles a través de los diferentes huéspedes para los que el ministro está llamado a ser un anfitrión receptivo. El señor Harrison, el granjero perdido en el medio despersonalizado del hospital, asustado de morir y de vivir; los miembros de la generación volcada sobre su interior, sin conciencia de tener padres, inquieta, y los que buscan nuevos modos de inmortalidad en medio de una existencia fragmentada y dislocada, todos buscan un espacio libre en el que poder moverse sin miedo y descubrir unas nuevas directrices. Cuando la imitación de Cristo no signifique vivir la vida convertido en pura teoría, algo que queda en el aire, como una nube vaga, sino vivirla como Cristo vivió la suya, entonces hay muchos caminos y formas por los que el hombre puede llegar a ser cristiano. El ministro es el que puede hacer posible esta búsqueda de la autenticidad, pero no permaneciendo a un lado, como una pantalla neutral o un

observador imparcial, sino como un ministro de Cristo con sentido de unicidad, y que pone su propia búsqueda a disposición de los demás. Esta hospitalidad exige que el ministro conozca dónde se encuentra y por quién se encuentra ahí. Pero exige también permitir a los otros entrar en su vida, acercarse a él y preguntarle cómo conectan sus vidas con la suya.

Nadie sabe adónde le puede llevar eso, porque cada vez que un huésped permite ser invitado por su anfitrión, se lanza al peligro de desconocer cómo afectará eso a su vida. Pero precisamente en la búsqueda común y en el compartir los peligros es como nacen las nuevas ideas y se hacen visibles los nuevos caminos.

No sabemos dónde estaremos dentro de dos, diez o veinte años. Pero sí podemos conocer que el hombre sufre, y el compartir el sufrimiento puede hacernos avanzar.

El ministro está llamado a ayudar a sus muchos huéspedes para que den este paso, para que no se queden paralizados donde se encuentran sino que tengan un deseo creciente de ir hacia delante, con la convicción de que la total liberación del hombre y de su mundo está todavía por venir.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
Las cuatro puertas abiertas	7
I. El ministerio en un mundo desestructurado	
La búsqueda del hombre de la era atómica	9
II. Un ministerio para una generación desarraigada	
Una mirada a los ojos del fugitivo	33
III. Ejercer el ministerio en favor del hombre sin esperanza	
A la espera del día de mañana	63
IV. El ministerio llevado a cabo por un ministro solitario	
El que cura desde sus propias heridas	97
CONCLUSIÓN	
Un paso hacia adelante	117